

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Por orden del Presidente

Un agente de la CIA llamado Wayne Butz está acorralado en un callejón por varios de sus compañeros que quieren matarlo. Motivos: Butz está involucrado en el llamado «Caso de las Delaciones». Estas «delaciones» consisten en sacar a relucir en la prensa mundial los secretos más sucios de los grandes políticos estadounidenses, lo que naturalmente provoca el mayor escándalo de la historia política de USA y puede dar lugar a un conflicto de consecuencias imprevisibles, pero sin duda terribles.



Lou Carrigan

Por orden del Presidente

Brigitte en acción - 315

ePub r1.1
Titivillus 06.09.2017

Lou Carrigan, 1981
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

No todo ha de ser jugarse la vida.

El cuerpo humano necesita acción, pero también necesita reposo. Y lo mismo la mente. De modo especial la mente, sin duda. Un agradable esparcimiento, unas horas de reposo, o quizá sólo unos minutos, resulta altamente beneficioso.

Por eso, siempre que tenía la oportunidad, la señorita Brigitte Montfort se procuraba esos minutos o, mejor aún, esas horas de tranquilidad para la mente y el espíritu. Y, de modo indiscutible, si alguien precisaba y se merecía esos momentos de relajación, ese alguien era la señorita Montfort, la periodista-espía. Si su cerebro hubiese sido una computadora de la cual alguien hubiese podido conocer su contenido apretando un botón, la información recibida habría resultado aterradora.

Absolutamente aterradora. Parte de esa información habría sido proporcionada por los conocimientos que Brigitte tenía de las cosas del mundo como simple periodista. Inquietante información. Pero, la información que se habría obtenido de la señorita Montfort como espía, como la agente «Baby» de la CIA, habría sido suficiente para provocar una cadena sin fin de colapsos cardíacos. Con la información sobre espionaje que la señorita Montfort tenía en su cerebro se podría poner en marcha un nuevo servicio de espionaje mundial que estaría al corriente de todas las suciedades habidas en el mundo durante los últimos quince años.

Aterrador.

Y no sólo aterrador, sino deprimente, acongojante. No resulta precisamente alentador saber que uno está rodeado de porquerías de todas clases y que no puede fiarse de nadie, absolutamente de nadie. Es… como una tortura mental, como una tristeza infinita por las flaquezas, ambiciones y maldades del ser humano. Vivir así, con esos conocimientos y esos convencimientos sólo puede ser posible

cuando se tiene una mente lúcida, serena, objetiva.

Como la señorita Montfort, que había conseguido convertir su cerebro en una serie de compartimientos en los que repartía sus conocimientos, independizándolos unos de otros. Era el único modo de poder continuar sonriendo, de seguir encontrando amable y agradable la vida.

Así que, aquella noche, la señorita Montfort estaba utilizando el que ella llamaba «el compartimiento mental de los placeres». En el cual, naturalmente, se contaba la música. ¿Acaso hay algo más bello que la música? A este respecto, Brigitte sólo había conseguido darse a sí misma una respuesta: el amor. Sí, si algo hay que pueda superar el estado de ánimo que inspira la música, indudablemente eso sólo puede ser el amor…

Pero no era momento de amor, sino de música.

Sentada en su butaca del Philarmonic Hall, en Lincoln Center, a una distancia no superior a cien metros del Central Park neoyorquino, la señorita Montfort aquella noche había dedicado su mente a gozar de la música. Y nada menos que de Tchaikovsky, uno de sus favoritos junto con Rimsky Korsakov. Chocante: la mejor espía americana de todos los tiempos amaba la música rusa. Chocante. Pero sólo si se olvidaba lo dicho anteriormente: la lucidez, serenidad y objetividad de la mente de Brigitte. Y su postura ante la vida: lo bueno es bueno provenga de donde provenga; lo malo es malo provenga de donde provenga. Lucidez, serenidad, objetividad.

En el gran estrado, la Boston Philarmonic interpretaba Sinfonía N.º 4 en Fa Menor, Opus 36, de Tchaikovsky. En su butaca, la señorita Montfort era todo oídos. Un oído, por otra parte, privilegiado; no sólo para la música, sino para, simplemente, oír. Un oído tan fino que más de una vez había salvado la vida de la señorita Montfort cuando ésta se hallaba dedicada a las labores de espía.

Pero, precisamente por sus reflejos y condicionamientos de espía, la señorita Montfort, además de oír podía ver prácticamente todo cuanto sucedía a su alrededor. Extraña facultad. O al menos, se lo pareció al uniformado empleado del Philarmonic Hall que, desde el pasillo central de la platea, la estaba mirando, con la esperanza de que, en determinado momento, ella moviese la cabeza en su

dirección.

Y así fue. Apenas llevaba el hombre tres segundos mirando a Brigitte cuando ésta, con elegante gesto, volvió la cabeza hacia él; no fue un movimiento casual, no: realmente, volvió la cabeza, y sus grandiosos, bellísimos ojos azules, miraron los ojos del hombre, relucientes a la amable iluminación de la sala. Inmediatamente, el hombre, que parecía no poco incómodo, mostró a la señorita Montfort algo pequeño y blanco.

La señorita Montfort supo inmediatamente lo que era: un papel doblado…

En aquel momento, Frank Minello, que estaba sentado a la izquierda de Brigitte, se inclinó hacia el oído de ésta, y susurró:

—Tengo hambre.

Brigitte no le miró siquiera. Su mirada seguía fija en el hombre que mostraba el papelito. Sí, seguro, era para ella.

Todavía inclinado hacia ella, Minello susurró de nuevo:

—¿Te acuerdas cuando por mi cuenta titulé *El Charco de los Patos* a *El Lago de los Cisnes*?

Brigitte no pudo evitar una leve sonrisa. Claro que lo recordaba, pese a que hacía de eso mucho tiempo. Volvió la cabeza hacia su más querido amigo, y le susurró al oído:

—No te muevas de aquí.

Le dolía hacer aquello. Era tan exigente como el que más en cuestión de silencio y comportamiento en momentos como aquél, pero tenía la certeza de que el empleado del Philarmonic Hall, que la conocía bien, incluso de sus tiempos universitarios, jamás la habría molestado, ni molestado a los demás oyentes, si el asunto no fuese absolutamente grave.

Así que, tras su petición a Minello, se puso en pie, hizo lo posible por ignorar las miradas de sorpresa y censura que inmediatamente recibió, y pasó por entre rodillas y respaldos de asientos hacia el pasillo.

Allí, el hombre puso en una de sus manos el papelito, y se acercó también a su oído.

—Lo siento, pero…

Brigitte se llevó un dedito a los labios, tomó del brazo al hombre, y se dirigieron ambos hacia la salida. Fue un mal momento para Brigitte, pero sabía que tenía que hacerlo. Todas las miradas

convergían en ella a su paso hacia la salida. Y, pese a todo, valía la pena. Estaba hermosísima. No sólo por su elegante y sobrio vestido de noche negro, sino por ella misma. No llevaba ni una sola joya; sólo a sí misma…, y no podía haber joya más espléndida, más hermosa. Sus dorados hombros relucían, su garganta era un sueño de belleza, sus movimientos contenían tanta armonía como la propia música que resonaba en la sala. Adornar con joyas a Brigitte Montfort habría sido lo mismo que ponerle pendientes o collar a una rosa. Absurdo.

Ya cerca de la salida, una de las luces le pareció a Brigitte suficiente para echar un vistazo a lo que había escrito en el papel. Eran sólo tres palabras. Pero tres palabras que lo justificaban todo, que habrían movilizado a Brigitte *Baby* Montfort en cualquier lugar y circunstancia:

Simón la necesita

Esto era todo. Tres palabras. Tres palabras mágicas. ¿Quién era Simón? Ni siquiera sabía quién era exactamente, pero sí sabía que era un agente de la CIA, uno de sus compañeros bienamados del Grupo de Acción.

Y cuando un Simón necesitaba a Baby, ésta acudía allá donde fuese y como fuese…

Pero en el vestíbulo no había un Simón esperándola, sino un hombre que hacía ya muchos años había abandonado el servicio de acción en la CIA, y que ahora, desde hacía también muchos años, dirigía el Sector New York de ese organismo: Charles Alan Pitzer, a quien Brigitte llamaba tío Charlie, su jefe directo y querido amigo.

Al verla aparecer, Pitzer pareció dar un salto, y se acercó presurosamente a ella, mientras el empleado del Philarmonic Hall comenzaba sus disculpas:

—Señorita Montfort, este caballero insistió de tal modo que…

—¡Vámonos! —Llegó exclamando Pitzer.

—Señorita Montfort, lo siento —insistía el otro—, pero…

—Está bien, Roy, no se preocupe. Gracias por avisarme.

Sin dar tiempo al hombre a dar más explicaciones, Brigitte y Pitzer cruzaron el vestíbulo, salieron a toda prisa del edificio, y caminaron por Lincoln Center en dirección a Columbus Avenue.

—¡No sabe lo que me ha costado convencer a ese hombre! —jadeó Pitzer, pequeño, flaco, diminuto junto a la bellísima Brigitte—. ¡De buena gana le habría roto la cabeza…!

—Cálmese, tío Charlie. Ya estoy aquí, ¿no? Utilice sus energías para decirme qué ocurre. ¿Qué es esto de que Simón me necesita? ¿Qué Simón?

—Su nombre es Wayne Butz… ¡Y no tiene importancia que usted sepa ese nombre! Ese hombre está loco… ¡Vamos a tener que matarlo!

Brigitte se detuvo en seco, de modo que Pitzer la rebasó, se dio cuenta de que caminaba solo, y regresó apresuradamente.

—¿Matarlo? —Susurró Brigitte, ajena a las miradas de admiración que recibía de todas partes—. ¿Matar a uno de mis Simones? ¿Por qué? ¿Quiénes van a matarlo?

—¡Nosotros mismos, la CIA, sus propios compañeros! Lo tenemos acorralado, y se niega a entregarse. Lo hemos intentado por todos los medios, hemos intentado convencerlo, dialogar con él, pero no acepta el diálogo… ¡Está loco si cree que podrá escapar a punta de pistola!

—Veamos si lo he entendido bien… ¿Me está usted diciendo que uno de mis Simones, un agente de la CIA llamado Wayne Butz, está acorralado por la propia CIA, por sus propios compañeros?

—¡Exactamente!

—Ahora sí he entendido. ¿Por qué?

Pitzer tomó del brazo a Brigitte, y reanudaron la marcha hacia Columbus Avenue.

—¿Por qué? ¡Por el Caso de las Delaciones!

Brigitte estuvo a punto de detenerse de nuevo. Pero siguió caminando, mientras por su mente pasaba veloz la información que tenía sobre el caso de las delaciones. Extraño e inquietante caso. Desde hacía unos tres meses, en los más importantes periódicos de Estados Unidos estaban apareciendo artículos, firmados por importantes periodistas, en los que se ponía de manifiesto la corrupción de importantes personajes de la política y los ejércitos norteamericanos. Cuando, tres meses atrás, apareció el primero de esos artículos, destrozando para siempre la carrera política de un senador y del secretario de Comercio de Estados Unidos, la CIA intervino velocísimamente, acosando al periodista que había tenido

la osadía de entregar aquel artículo a las prensas de su periódico, y, naturalmente, dispuestos en principio a encarcelarlo por difamación.

Pero, no había tal difamación, sino realidades. Para pasmo de la CIA, el periodista mostró fotocopias de los documentos que ya había exhibido ante su jefe del periódico. Unos documentos cuyo contenido demostraba, sin lugar a la menor duda, que las acusaciones aparecidas en su periódico contra el senador y el secretario de Comercio, no sólo eran ciertas, sino que ni siquiera las había denunciado todas, reservándose las peores, lo que no dejaba de ser digno de agradecimiento, pues el montón de basura cubría incluso a otras personalidades norteamericanas.

La pregunta era lógica: ¿de dónde había sacado el periodista aquella información, aquellos documentos? Respuesta: había llegado a su poder por correo. ¿Quién se la había enviado? Respuesta: ni la más remota idea. Inicialmente, la CIA se negó a creer al periodista, pero cuando estaban en esto, presionando al profesional de la información, el caso se repitió. Otro importante periodista, esta vez de Chicago, denunció la corrupción de dos generales y un importantísimo personaje de la vida financiera norteamericana de quien, hasta entonces, no se había sabido que tuviese ninguna clase de aspiraciones políticas. Pero las tenía… ¡y de qué envergadura y podredumbre! Las respuestas que dio el segundo periodista a la CIA fueron las mismas que el primero: había recibido la información por correo, y no tenía ni idea de quién se la había enviado. Y punto.

Para entonces, la CIA estaba investigando la primera documentación «difamatoria» a fondo. No había difamación, los documentos que la probaban eran auténticos. Los del segundo periodista, también resultaron serlo. Todo era verdad. Dos semanas más tarde, la denuncia de otro periodista, esta vez de Los Ángeles, levantó más polvo que la explosión de una bomba atómica. Cayeron cuatro personajes, y en su caída, arrastraron a más de cien personas directamente y cerca de seiscientas indirectamente… El mismo procedimiento: envío de documentos por correo a un periodista de talla, publicación de los detalles en primera plana… Todo idéntico.

Como dijo cierto senador en una precipitada reunión en el Congreso:

«Alguien está sacando a flote toda la mierda de los Estados Unidos de América, y tenemos que encontrarlo pronto, o la mierda inundará el país, lo sepultará».

Desde entonces, se habían producido tres casos más. Los políticos del país vivían con el alma en un hilo: ¿cuál sería el próximo en caer? El pánico y la angustia habían cundido. Personajes importantes habían presentado la dimisión de sus cargos, y otros, simplemente, habían desaparecido. La situación era insostenible. La agente Baby se había ofrecido a colaborar en las investigaciones, pero había sido convencida de que debía mantenerse al margen, por el momento.

Las razones que le dieron para esta abstención, fueron aceptadas por la espía internacional. Eran muy poderosas. Una: si ella intervenía se exponía a que atrajese las iras de alguien que, quizá, podía informar al mundo de que la señorita Montfort, la famosa periodista, era la agente Baby de la CIA, lo cual se consideraba una catástrofe no sólo para la propia Brigitte, sino para la misma CIA. Dos: las investigaciones eran básicamente técnicas, lo que significaba ocupar a la agente Baby en un trabajo que rendiría muchos menos beneficios a la CIA que utilizándola en las misiones de acción directa en las que ella jamás fallaba. Tres: la señorita Montfort, como famosísima periodista, ganadora del Premio Pulitzer, podía quizá ser en determinado momento una de las elegidas para recibir aquella clase de información procedente de fuente desconocida, y entonces sí, quizás ella tendría ocasión de algún contacto que, utilizando su astucia y veteranía como espía, pudiese proporcionar a la CIA una pista que los demás periodistas no habían podido aportar…

Así pues, Brigitte Baby Montfort se mantuvo al margen.

Y ahora, recibía la noticia de que la CIA se disponía a capturar, e incluso a matar, si era necesario, a uno de sus agentes, involucrado en el Caso de las Delaciones, como se le llamaba últimamente.

—¿Quiere decir —preguntó por fin— que Wayne Butz ha sido identificado como el informador de los periodistas, el que les ha estado proporcionando toda la información?

—Sí —asintió Pitzer.

—No me explique los detalles, tío Charlie, pero piense muy bien

su respuesta. ¿Están seguros de ello? ¿Están seguros de que Butz ha hecho eso?

—Absolutamente seguros. La Central ya está al corriente de ello, y están investigando qué canales de información tiene Butz para haber conseguido esas pruebas.

—Lo que significa que habitualmente Butz no podía acceder a esos documentos de modo normal.

—¡Desde luego que no! Pero sabemos con seguridad que él envió el último bloque de documentos al último periodista en informar al público de otra porquería política interior. Cuando recibimos…

—Ya le he dicho que no me interesan los detalles…, por el momento. Y voy a aceptar que Butz envió esa documentación delatora al último periodista en sacar a flote otro montón de… excrementos. De acuerdo. Pero la pregunta es: ¿quién le facilitó esa información a Wayne Butz?

—¡Eso es lo que queremos saber, ya que él no tenía acceso directo a la misma!

—Y por eso, lo quieren vivo. Y para capturarlo vivo, han decidido recurrir a mí.

—Sí. Esperamos que usted le convenza para que se entregue. Pero, si he de serle sincero, temo que ni usted lo conseguirá… Ese hombre está loco… Ahí está mi coche.

Entraron en la parte de atrás del oscuro coche que esperaba a la salida del Lincoln Center. En el asiento del volante, Simón-Floristería se volvió hacia su jefe y su admiraba Baby. Su rostro estaba pálido, desencajado.

—Está loco —dijo por todo saludo, como apoyando las palabras de Pitzer—. ¡Ha saltado desde el tejado, y ahora se ha refugiado en un callejón…! ¡Y está disparando a matar!

Brigitte miró la radio que Simón-Floristería sostenía en una mano, y por la que estaba recibiendo continua información sobre la situación referente a Wayne Butz.

—¿Dónde está ahora Butz exactamente? —preguntó.

—En un callejón de Greenwich Village…, en Miletta Lane. Lo tienen acorralado. ¡Está loco, se lo aseguro!

—¿Dispone Butz de una radio? ¿Puedo comunicarme con él?

—No. Bueno —Simón-Floristería desvió un instante la mirada hacia Pitzer—… Si usted quiere hablar con él tendrá que hacerlo

directamente. No hay otro medio. ¡Pero no debe usted arriesgarse a…!

—Vamos a Miletta Lane —cortó Brigitte.

Capítulo II

El coche se detuvo en la más estrecha de las entradas del callejón: éste formaba una L, cuyos dos extremos desembocaban en la Avenida de las Américas, y que, por supuesto, estaban cubiertos. Y no sólo eso, sino que toda la manzana estaba rodeada, naturalmente.

Y apenas el coche se hubo detenido, dos hombres se acercaron corriendo, uno de ellos abrió la portezuela izquierda trasera, y metió la cabeza dentro. Brigitte vio su rostro crispado.

—Está en un tejado —jadeó—. Hemos…

—¿Cómo, en un tejado? —Le interrumpió Brigitte—. ¿No estaba en el callejón?

—Acaba de hacer notar su presencia en un tejado. ¡No sé cómo ha podido subir allí, parece…!

—¿Un agente de la CIA bien entrenado? —sugirió Brigitte.

El hombre se calló. Pareció que su rostro se relajase súbitamente, y asintió con un gesto, mientras murmuraba:

—Sí, eso parece. Desde luego que está bien entrenado… Sólo que a su edad no está en condiciones de realizar proezas acrobáticas…

—¿A su edad? ¿Cuántos años tiene?

—Según los informes llegados de la Central, Wayne Butz va a cumplir cincuenta y dos años. Lleva dieciocho años en la CIA.

—Cincuenta y dos años… Bien. ¿Qué más dicen de la Central? ¿Algún antecedente desagradable sobre Butz?

—En absoluto.

—¿Seguía en activo?

—No. Se retiró poco después del asunto Riverside.

—¿Acaso estuvo complicado en eso?

—No, no. Simplemente, se retiró.

—Quizá le entraron ascos, y no pudo seguir adelante —dijo

Brigitte—… Y esos mismos ascos pueden haberle impulsado ahora a intervenir en este asunto. ¿Han podido dialogar con él en estos últimos minutos?

—No habla: dispara.

—¿Ha herido a alguien? ¿Está él herido?

—Ni una cosa ni otra. Pero si de algo estoy seguro en esta vida —masculló sombríamente el agente de la CIA— es de que Butz no se dejará coger vivo.

Brigitte asintió, pensativa.

—¿Qué pasa con los vecinos del callejón?

—Se han encerrado en sus viviendas. Nadie se atreve a asomar la nariz. Tanto Butz como nosotros hemos hecho algunos disparos, con silenciador, desde luego, pero hemos provocado el pánico, me temo. Supimos que él estaba en un pequeño apartamento del callejón, vinimos a buscarlo…, y parece que nos olió.

—Bueno, eso no debe sorprendernos —sonrió levemente Brigitte—… Los gatos viejos pierden facultades musculares, pero no olfativas. Y nosotros olemos a algo que él sabe distinguir muy bien, Simón. De acuerdo: pase la orden de que desalojen el callejón. Yo iré a charlar con Butz.

—¡Es una locura! Butz está disparando contra todo lo que se mueve, y…

—Subiré a ese tejado a hablar con él, Simón. Ordene que desalojen el callejón.

El espía se pasó la lengua por los labios. Pero ni siquiera miró a Pitzer a la espera de que éste apoyase la orden. Sabía muy bien no sólo que Pitzer la apoyaría, sino que, dondequiera que surgiese una emergencia y la agente Baby estuviese allí, ella tomaba automáticamente el mando absoluto. Lo mismo en Nueva York que en la Patagonia, en China o en el Polo Norte. Así que, tras asentir, utilizó la radio de bolsillo para dar la orden: había que desalojar el callejón pero no abandonar la vigilancia alrededor de la manzana.

La orden fue cumplida rápidamente. Varios agentes de la CIA aparecieron en la Avenida de las Américas, ya enfundadas sus armas. Alrededor del coche se había formado un círculo de gente, que podía resultar muy comprometedora, pues cualquiera podía identificar a la señorita Montfort en cuanto ésta abandonase el vehículo. De modo que Brigitte pidió a Simón-Floristería que

entrase con el coche en el callejón. Fue obedecida, y, justo en el ángulo de la L que formaba Miletta Lane, justo en el vértice, la agente Baby se apeó, elegantísima con su vestido de noche, su bolsito de mano, suelto su reluciente cabello que de tan negro despedía reflejos azulados. El coche siguió, y desapareció por la otra punta del callejón. No se veía a nadie en la calle, ni en las ventanas, ni en las metálicas escaleras de incendios. Desde la Avenida de las Américas llegaba el denso rumor del tráfico automovilístico.

Brigitte *Baby* Montfort alzó la cabeza, mirando hacia los tejados. No se veía a nadie. A nadie absolutamente.

—¡Simón! —llamó—. ¡¿Simón, me oye?! ¡Si me está oyendo, ya sabe quién soy! ¿Me oye?

Silencio absoluto.

—Simón, sé que me está oyendo —insistió Baby—... Incluso es posible que me esté viendo. ¿No quiere hablar conmigo?

Silencio. Brigitte, sin embargo, tenía la certeza de que Wayne Butz la estaba oyendo. Incluso viendo, seguramente. Y Butz tenía que saber quién era la mujer que le llamaba Simón. Sólo una mujer en todo el mundo llamaba «Simón» a todos los agentes de la CIA. Y si en algo o alguien podía confiar a ciegas un agente de la CIA, era en esa mujer, precisamente...

—¡Márchese! —Llegó de pronto la voz—. ¡No quiero hablar tampoco con usted!

La cabeza de Brigitte se había vuelto vivamente hacia el lugar donde había sonado la voz.

Su viva mirada distinguió inmediatamente el borde del tejado, y descendió por las metálicas escaleras de incendios.

—¡Voy a subir, Simón! —advirtió—. ¡Y sólo podrá detenerme de un modo!

—¡No suba! —amenazó Butz—. ¡No suba, o...!

Era inútil cuanto pudiese decir. Baby había dicho que iba a subir, y eso se disponía a hacer. Se acercó a la escalera de incendios, saltó hasta el primer asidero que localizó, y se izó hasta la plataforma. No se esforzaba en absoluto en desplazarse silenciosamente. Al contrario, subió los peldaños asegurándose de que sus altos tacones resonaban fuertemente...

—¡La estoy viendo! ¡Y voy a disparar contra usted! —Llegó la voz de Butz, justo por encima de ella.

Brigitte alzó la cabeza, alcanzó a distinguir la forma de otra allá arriba, por entre la escalera…, y luego continuó subiendo. Sus tacones imprimían un sonido metálico, sonoro, en el relativo silencio de Miletta Lane. El edificio tenía solamente tres pisos, y la escalera de incendios terminaba en una plataforma ante la ventana del último. Pero, a la derecha, había unos travesaños de hierro clavados en la pared. Cuando Brigitte se agarró a uno de ellos, su mano resbaló al desprenderse una buena cantidad de óxido. Cerró con más fuerza los dedos, desplazó el cuerpo, y colocó los pies en uno de los travesaños. Luego, siempre cerrando la mano fuertemente, como una tenaza, continuó la ascensión.

Pocos segundos más tarde, con un ágil movimiento, rebasaba el borde del tejado.

Enseguida vio a Wayne Butz. Es decir, vio parte de su cabeza, y la mano armada, que asomaban por un lado de la cabina donde estaba la desvencijada puerta que comunicaba con la escalera interior del edificio.

La espía se sentó en el tejado, y se sacudió las manos, haciendo saltar el abundante óxido.

—Simón, estoy desarmada, naturalmente —dijo—… Sólo quiero hablar con usted.

—¡No tenemos nada que hablar! ¡La estoy apuntando!

—¡Vamos…! —Casi rió Brigitte—. ¿Pretende asustarme con eso? ¡Sé que no va a disparar contra mí, contra Baby! Guarde esa pistola, y conversemos.

—¡No tenemos nada de qué conversar!

—Puedo sugerirle un tema interesante: su vida. ¿Le interesa conservar la vida, Simón?

—¡Me da lo mismo! ¡Ya estoy harto de vivir en este pozo de mierda!

—De acuerdo —murmuró Brigitte—… Tiene usted razón, en muy buena parte: el mundo es un pozo de mierda. Está bien. Pero creo que la mierda está mejor en el fondo del pozo que afuera… ¿No le parece?

—¡No! ¡Todos tienen que verla… y olerla!

—Cálmese. Puedo comprender muchas de sus razones, pero creo que usted también debería, al menos, escuchar las mías. Por el momento, no voy a preguntarle de dónde ha sacado usted toda la

información que últimamente ha enviado a un periodista. Vamos a dejar eso, por ahora, y hablaremos de ello más adelante, si le convenzo para ampliar el diálogo. Conteste a esto: ¿qué pretende usted exactamente con este asunto de las delaciones?

—¡Ya se lo he dicho! ¡Que todos vean y huelan la mierda que nos cubre hasta las cejas!

—¿Para qué?

No llegó respuesta alguna. Brigitte estuvo esperando, en silencio, hasta convencerse de que la pregunta no sería contestada. Suspiró fuertemente.

—Le comprendo a usted, Simón —aseguró—… Todo es un asco. Yo misma, en ocasiones, he estado tentada de escribir mis… memorias, y hundir a tanta gente que el mundo daría un vuelco, sufriría una revulsión espantosa. Sí, lo he pensado muchas, muchas veces… Pero no me he decidido nunca. ¿Para qué? Si yo tuviese la certeza de que eso iba a servir de algo, lo habría hecho ya. Pero todo seguiría igual… No es ése el camino. Enfrentando a unos y a otros, nunca conseguiremos nada. Hay que buscar armonía, no discordia. Lo que usted está haciendo es como… como si quisiera que las cloacas funcionasen al aire libre en lugar de subterráneamente. ¿Se imagina si todas las cloacas de Nueva York fluyesen por la superficie, por las calles, en lugar de bajo el suelo? Eso es lo que usted está haciendo. Y con ello, ciertamente, no va usted a suprimir las cloacas…

—Márchese… ¡Márchese!

—No. Quiero que me escuche. Si las cloacas fuesen por la superficie, usted no beneficiaría a nadie, y, en cambio, perjudicaría a todos. El hedor sería espantoso, y con ello nadie ganaría nada. ¿Sabe cuál sería el mejor sistema para que no existiesen cloacas, Simón?

—¿Cuál?

—Que no hubiese basura. En eso sí le apoyaría… Dígame un medio para suprimir la basura, y le ayudaré. Pero no suprima las cloacas antes de suprimir la basura…

—¡Nosotros estamos eliminando basura…!

—Quizás. Pero a costa de muy malos olores para todo el mundo. De verdad: le comprendo. Pero sus métodos no me parecen razonables Por el momento es mejor que la basura circule bajo

nuestros pies, no junto a nosotros. Usted, y quien quiera que sea que esté colaborando con usted, están provocando pánico, angustia y desilusión en todo el país. Si ello fuese a dar un resultado positivo definitivo, me parecería bien. Apestoso sistema, pero conveniente. Sin embargo, usted no utiliza ese sistema. Yo misma, y usted tiene que saberlo, he… retirado mucha mierda de la circulación. Pero discretamente, en silencio, sin asustar a nadie siempre que ha sido posible. He hecho desaparecer muchas alimañas…, pero no he llevado sus cadáveres ante el pueblo para acongojarlos con su pestilente olor. Eso sólo habría causado inquietud, tristeza, miedo… Eliminemos la mierda, de acuerdo: pero sin obligar a la gente pacífica y honesta a sentir la repugnancia de su fetidez…

—¡No! —gritó Wayne Butz—. ¡Todos tienen que saberlo! Si no lo delatamos todo a la opinión pública, no servirá de nada, se echará tierra al asunto, ¡usted y yo sabemos que pasaría eso!

—Hablaremos sobre ello, Simón. Pero deje ya esa pistola: no obligue a sus propios compañeros, a mis demás Simones, a disparar contra usted. ¡Se lo suplico!

—No pienso entregarme. ¡No me atraparán vivo, jamás lo conseguirán! Y además, voy a escapar de aquí… ¡Voy a hacerlo utilizándola a usted como rehén! ¡Venga hacia aquí!

—¿Está hablando en serio?

—¡Venga hacia aquí! Saldremos juntos de esta trampa, exigiré un coche, y usted lo conducirá, para llevarme lejos… ¡Dispararé contra usted si alguien pretende detenerme!

Brigitte Montfort estuvo unos segundos mirando la pistola con silenciador que la apuntaba, reluciente a la iluminación de Manhattan, que se reflejaba en el cielo ligeramente nuboso. Por encima de la pistola veía la mitad del rostro de Butz, en sección vertical. Vio sus labios crispados, su mejilla rígida…

—Está bien —murmuró—… Me constituyo en rehén suyo, Simón. Se incorporó, y caminó hacia donde estaba Wayne Butz.

Éste también se puso en pie, y salió de su parapeto. Era un hombre alto y delgado, puro nervio y músculo. En sus tiempos, debió de ser un eficaz agente de acción, desde luego. Sus largos cabellos grisáceos se movieron cuando la cabeza señaló con rápido gesto hacia la puerta que comunicaba con la escalera interior.

—Vamos a bajar por ahí. Usted irá delante, y dirá a todos lo que

quiero: un coche y paso libre. Adviértales claramente que dispararé contra usted si intentan algo.

—De acuerdo, Simón. Iré con usted, y cuando se encuentre a salvo, proseguiremos la conversación. ¿Le parece bien?

—Ya veremos. Vamos, comience a bajar…

Mientras decía esto, Wayne Butz abrió la carcomida puerta con la mano izquierda, señalando el hueco con la pistola que empuñaba con la derecha. Brigitte dio un paso hacia la puerta…, que en aquel momento fue empujada fuertemente desde el interior, y golpeó a Wayne Butz en la mano armada y en el pecho, empujándolo hacia atrás…

—¡No! —gritó Brigitte—. ¡No, no! ¡Les dije…!

Wayne Butz acababa de disparar contra la puerta, astillándola. Al otro lado se oyó una exclamación de dolor, pero al mismo tiempo, dos hombres, uno de ellos tambaleándose, saltaban al tejado, empuñando sus pistolas, y uno de ellos veía inmediatamente a Butz…

Plop, plop, plop, disparó el agente de la CIA que no había resultado alcanzado por la bala de Butz. Éste lanzo un agudo grito de dolor, volvió a saltar hacia atrás, y disparó mientras caía de rodillas. Su bala alcanzó al hombre que un instante antes le había alcanzado a él, y lo derribó de espaldas, una milésima de segundo antes de que Brigitte intentase empujarlo para apartarlo de la trayectoria de la bala. El espía y Brigitte rodaron por el suelo, y, poco más allá, Wayne Butz, tras rodar también por el suelo, se puso en pie y echó a correr hacia la separación con el otro tejado, tambaleándose…

—¡Butz! —gritó Brigitte—. ¡No, no, vuelva…!

Wayne Butz ni siquiera volvió la cabeza. Quiso saltar de un tejado a otro, pero el balazo recibido en la pierna derecha resultó decisivo; la pierna le falló, el cuerpo se ladeó sobre el vacío… Un grito escapó de la boca de Wayne Butz mientras, soltando la pistola, intentaba aferrarse a algo… Algo que no existía. Sólo el aire.

Y su grito se perdió hacia abajo, hacia el callejón, tres pisos más abajo. El fino oído de Baby percibió el impacto sobre el duro suelo. Se volvió a mirar, con expresión desorbitada, a los dos agentes de la CIA que habían intervenido. Uno de ellos, el que había resultado herido a través de la puerta, tenía la cara manchada de sangre

debido a la herida en un lado de la frente, un rasponazo; el otro estaba sentado, y se sujetaba el hombro izquierdo con la mano derecha, que aún sostenía la pistola.

—¿Están bien? —Casi gritó Brigitte.

—Sí, sí, solamente nos ha…

—¡Les dije que no interviniesen!

—Sólo queríamos protegerla, estar seguros de que él no… ¡La habría matado!

—¡Claro que no!

El agente de la CIA abrió la boca para continuar disculpándose, pero Brigitte ya no quería perder más tiempo escuchándole. Pasó entre los dos hombres heridos, y se lanzó por el hueco, hacia la escalera interior del edificio. Bajó en cuestión de segundos, y salió como disparada a la calle, mirando hacia donde calculaba que había caído Wayne Butz. Vio a dos hombres arrodillados en el suelo, junto al cuerpo… Más allá, distinguió a Pitzer y a su ayudante, que llegaban corriendo.

Ella llegó antes, apartó a los dos agentes, y se arrodilló junte a Wayne Butz. Éste yacía de espaldas, inmóvil. Sus ojos estaban muy abiertos, y parecía contemplar algo que le llenaba de asombro.

—Simón —gimió Brigitte, sin atreverse a tocarlo—… ¡Simón!

La mirada de Butz se ladeó. Hubo un destello en sus ojos, y sus labios se movieron.

—No… no la habría… lastimado… a usted…

—¡Ya lo sé! ¡Y yo no le mentí, le aseguro que ordené que nadie se acercase…! Pero quisieron protegerme…

—Seguramente, yo… yo habría hecho lo… lo mismo… por usted…

Brigitte percibió la presencia de Pitzer y Simón-Floristería arrodillándose a su lado, pero ni siquiera los miró. Toda su atención estaba concentrada en Wayne Butz, cuyos ojos iban adquiriendo un brillo inusitado, como si fuesen de cristal.

—Simón —se inclinó más Brigitte—… Simón, tiene que decírmelo, tiene que decirme quién está relacionado con usted, para que yo intente llegar a un acuerdo razonable con él… ¡Tiene que decírmelo! ¿Dónde está, a quién tengo que ir a ver, quién está con usted en este asunto…?

—Vaya… a ver… a Dunlop… Tad Dunlop, y seguramente, él

la… convencerá para… para que usted también… también… Dunlop, por… por orden… por orden del… Presidente…

—¿Por orden del Presidente? ¿Usted y Dunlop están obedeciendo órdenes del Presidente?

—Sí, del… del Presidente…

—Pero… ¿de qué Presidente?

—¿Cuál… cuál va a… a ser…? El Presidente… de… de los Estados… Unidos de América, el Presid… Dígale… díg…

La boca de Butz quedó inmóvil, en un gesto crispado, y sus ojos parecieron helarse. Simón-Floristería adelantó una mano, y la colocó en un lado del cuello de Butz. Estuvo así unos segundos, y por fin la retiró, lentamente.

—Está muerto —susurró.

—Será mejor que vaya a buscar el coche —lo miró Pitzer, pero señalando a Brigitte—: no quiero que ella aparezca en modo alguno mezclada en esto.

—Sí señor. Bueno, yo… Quizá no he oído bien lo que ha dicho Butz, claro…

—Ha oído perfectamente —dijo Brigitte—: ha dicho que lo ha hecho por orden del Presidente de los Estados Unidos de América.

—¡Debía de estar loco! —exclamó Simón.

Brigitte y Pitzer cambiaron una mirada. Luego, Brigitte murmuró:

—Vaya a buscar el coche, Simón, por favor: aquí ya no tengo nada que hacer.

Sin embargo, todavía pudo hacer algo más en aquel callejón: cerrar los muy desorbitados ojos de Wayne Butz. Lo cual, ciertamente, no fue ninguna satisfacción para Brigitte *Baby* Montfort.

La *Sinfonía N.º 4 en Fa Menor, Opus 36*, de Tchaikovsky quedaba muy, muy lejos.

Capítulo III

Finalmente, el helicóptero comenzó a perder altura, y Brigitte dirigió una mirada a Simón-Floristería, que, sentado a su izquierda, pilotaba el aparato.

—¿Estamos llegando, Simón?

—Así es. Seguramente, ya están todos esperándola.

—Esperándonos —corrigió amablemente Brigitte.

Simón-Floristería asintió. En el asiento de atrás, Pitzer ni siquiera hizo un comentario. Era cierto, los estaban esperando a los tres, pero ellos sabían perfectamente sobre quién recaería todo el futuro trabajo relacionado con el Caso de las Delaciones: en la señorita Montfort, agente N. Y. 7117, Baby…

El helicóptero sobrevolaba ahora un amplio bosque de pinos, que se veían como sombras plateadas a la luz de la luna creciente. Luego, apareció una gran extensión de césped, en cuyo centro estaba la blanca y enorme mansión. Esto era todo lo que se veía, pero Pitzer sabía que, ocultos por un gran toldo de lona, había varios helicópteros cerca de la mansión, y que, tanto en el bosque de pinos que la rodeaba, como en otros escondites, una buena cantidad de agentes de la CIA vigilaban el espacio aéreo y terrestre. La reunión era importante, importantísima, de altísimo nivel, como Pitzer recordaba muy pocas…

Sonó la llamada en la radio, y Simón-Floristería la atendió inmediatamente.

—¿Sí?

—Identifíquese.

—Sector New York: llegan director, ayudante, y agente especial.

—Descienda en la parte de atrás de la casa.

—Mensaje recibido.

Un minuto más tarde, el helicóptero se posaba en el lugar indicado. Las aspas dejaron de girar, y los tres ocupantes saltaron a

tierra. La presencia de la hermosa mujer de grandes ojos fue suficiente para una identificación satisfactoria e inmediata, y los hombres que habían aparecido, pistola en mano, se distribuyeron: tres de ellos empujaron el helicóptero hacia el toldo de lona, donde, en efecto, había varios aparatos más, y el cuarto señaló hacia la parte de atrás de la casa.

—Por favor, vengan por aquí.

Las pistolas habían sido guardadas. Entraron en la casa, y el hombre los condujo hacia el gran salón, única pieza donde estaban encendidas las luces…, si bien las ventanas estaban adecuadamente ocultas por espesos cortinajes que impedían que la luz llegase al exterior.

Había nueve hombres allí, conversando, fumando, y tomando coñac, *whisky* y agua mineral. Se pusieron todos de pie, y uno de ellos se acercó inmediatamente hacia los recién llegados, cojeando ligeramente: *Mr*. Cavanagh, ex Simón, y actualmente Jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA. Tendió la mano a Brigitte, acariciándola con la otra, cálidamente, cambiando ambos una cariñosa sonrisa. Luego, Cavanagh estrechó las manos de Pitzer y su ayudante, y se volvió hacia los ocho hombres restantes.

—Nadie necesita presentaciones aquí —murmuró—. Caballeros, podemos empezar cuando gusten.

Los ocho hombres miraban fijamente a Brigitte Montfort. Uno de ellos sonrió de pronto, y se acercó a estrechar su mano.

—¿Cómo está, señorita Montfort?

—Muy bien, gracias, señor… X.

El hombre frunció el ceño, pero entre los demás hubo algunas sonrisas.

Todos se conocían perfectamente, por supuesto, pero sabían que Brigitte Montfort prefería no mencionar nombres ni cargos. El Consejo de la CIA sabía esto muy bien… Como sabían que un enfrentamiento con la agente Baby no era precisamente una fiesta divertida. Lo sabían por experiencia. Aunque quizás aquella vez no hubiese enfrentamiento…

—¿Desea usted tomar algo? —ofreció otro de los presentes.

—No, gracias. Sólo deseo que hablemos.

Se sentó en un sillón, abrió su maletín rojo con florecillas azules estampadas, y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno,

observada atentamente por todos. Lo imprevisible de las reacciones de la agente Baby los tenía no poco preocupados.

—Bien —comenzó de pronto a hablar uno de los reunidos—… Creo que no debemos perder el tiempo en circunloquios. Estamos aquí para… analizar el comportamiento del Presidente de los Estados Unidos de América, y propongo que lo hagamos con imparcialidad y sensatez. El comportamiento del señor Carter, nuestro Presidente, es… asombroso e inquietante. ¿Estamos todos de acuerdo?

Todos asintieron con la cabeza, excepto Brigitte, que continuó fumando, impasible.

El hombre la miró desconcertado.

—¿Agente Baby?

—Le sigo, le sigo. Continúe hablando, por favor.

—Gracias. Personalmente, no encuentro ninguna justificación, ni siquiera una explicación, al comportamiento del señor Carter. Por conversaciones aisladas con ustedes, sé que tampoco se ha encontrado ninguna explicación satisfactoria por separado. Pero, quizá todos reunidos, podamos encontrar esa explicación. ¿Por qué el señor Carter ha puesto en marcha el Caso de las Delaciones? Ésa es la pregunta clave, la pregunta básica. ¿Alguna sugerencia, caballeros?

Silencio total.

—¿Señorita… Baby?

—Creo —murmuró de nuevo Brigitte, expeliendo humo— que ante todo deberíamos asegurarnos de que, en efecto, el promotor y director de este caso es nuestro Presidente.

—¿Asegurarnos? Vamos a ver… Si el informe que presentó nuestro jefe del Sector New York es exacto, y todos sabemos que lo es, resulta que Wayne Butz, instantes antes de morir, dijo muy claramente que tenía contacto con Tad Dunlop, y que fuese usted a verlo, pues él quizá la convencería para que colaborase en lo que estaban haciendo por orden del Presidente…

—Butz no dijo exactamente eso.

—¿No?

—No. Ésas no fueron exactamente sus palabras.

—Ah, entiendo. Usted quiere ser textual… De acuerdo. Todos sabemos que su memoria es prodigiosa, Baby. Sin duda, recuerda

usted con toda exactitud cada una de las palabras de Wayne Butz. ¿Sí?

—Sí, desde luego.

—Espléndido. Ahora, dígame: ¿qué sentido daría usted a las palabras de Wayne Butz? ¿El que yo acabo de indicar… u otro cualquiera? La escucharemos con mucho gusto.

Brigitte frunció el ceño.

—Me parece que no tengo más remedio que aceptar el sentido que usted ha indicado —murmuró—. Sólo quería puntualizar.

—¿Sugiere que puede haber otro sentido a las palabras de Butz?

—No… Parece ser que no.

Todos miraban sorprendidos a Brigitte. Su interlocutor le sonrió amablemente.

—Entonces ¿le parece bien que aceptemos la explicación de Wayne Butz en el sentido de que el Presidente estaba dirigiendo este asunto, y que además de Butz intervenía alguien llamado Tad Dunlop?

—Podemos aceptarla, en principio, como punto de partida.

—Como punto de partida —pareció meditar el hombre—… De acuerdo, como punto de partida. Ahora, Baby, voy a decirle quién es Tad Dunlop… ¿O ya se ha enterado?

—Ya me he enterado: Thaddeus Dunlop, Secretario del Interior hasta que se instaló en la presidencia de la nación el señor Gerald Ford. Pocos días después de eso, Thaddeus Dunlop presentó la dimisión, y, al parecer, se retiró de la política. Actualmente vive en Bridgeport, Connecticut, en el 1066 de Fairfield Avenue.

—Exacto. Y se le está vigilando estrechamente, a la espera de que nosotros tomemos una decisión. Fíjese bien, Baby: tenemos ya en este asunto a dos hombres que estuvieron en puestos más o menos importantes… Uno de ellos, Wayne Butz, agente de acción de la CIA en sus comienzos, y, más tarde, analista de informaciones, hasta que presentó la dimisión. El otro es nada menos que un hombre que fue Secretario del Interior. ¿Le sugiere eso algo a usted?

—No. ¿Y a usted?

Hubo algunas risitas ante la turbación del hombre, que terminó por sonreír ceñudamente.

—Bueno, no me sugiere nada concreto —admitió—, pero al

menos, me da mucho que pensar.

—¿En qué sentido?

—Quiero decir que la intervención de hombres como Dunlop y Butz bien pueden indicar un alto nivel en los personajes que intervienen en el asunto. No se trata de una… chapucería que podría estar dirigida por cualquier desgraciado. Las informaciones facilitadas a la prensa son importantísimas. No actuales, pero importantísimas, y han causado ya mucho daño…

—¿A quiénes?

—Bueno, pues a relevantes personalidades que…

—¿Relevantes personalidades? ¡Son unos cerdos!

Algunos de los presentes palidecieron. Simón-Floristería se mordió los labios y bajó la mirada. Pitzer se limitó a apretar los labios. Cavanagh cerró un instante los ojos…

¡Ya empezaba el jaleo!

—Señorita Montfort —se tensó la voz del hombre que formaba parte del Consejo de la CIA—: no estamos aquí para juzgar a quienes ya han quedado hundidos en la vergüenza, sino para analizar a nuestro Presidente, el señor Carter, con vistas a intentar averiguar por qué lo ha hecho, utilizando a hombres como Dunlop y Butz. ¿Está usted de acuerdo?

—Por completo. Y yo no he juzgado a nadie, señor: sólo he definido a algunos personajes. Insisto en que son unos cerdos, y eso ha quedado bien demostrado. Ahora bien, si ustedes no admiten que esos personajes son unos cerdos, la sesión ha terminado en lo que a mí respecta.

—¿Está bromeando? —saltó otro consejero.

—No, señor: no estoy bromeando. Si hemos de ser ecuánimes, objetivos, inteligentes y veraces, llamemos las cosas por su nombre. Yo digo que esos hombres no son tales, sino unos cerdos.

Hubo cambios de miradas. Pitzer continuaba impasible. Cavanagh miraba ahora hacia el techo, como buscando allí algo interesantísimo.

—De acuerdo —se alzó otra voz—… Son unos cerdos. Si ya está usted satisfecha, podemos seguir. Precisamente, a mí se me ha ocurrido una teoría que he querido reservar para esta reunión. ¿Cuento con la atención de todos ustedes?

Nadie contestó. Todos miraban al consejero, el cual,

evidentemente, contaba con la atención de los reunidos.

—Supongo —dijo el consejero— que todos ustedes recuerdan perfectamente el reciente caso de la Junta Consultiva del señor Presidente.

—¿Se refiere al grupo de consultores que quisieron deteriorar la imagen del señor Carter? —saltó Brigitte.

—En efecto. Unos cuantos hombres que tenían como obligación asesorar al señor Carter en los asuntos de relaciones públicas civiles, le traicionaron, y comenzaron a poner en práctica un plan que tenía como finalidad deteriorar la imagen del señor Carter de tal modo que éste jamás podría ser reelegido… Aunque el asunto no trascendió a ningún estrato peligroso, todos sabemos que esto ocurrió, y, mejor que nadie, lo sabe la señorita Montfort, que fue quien con su habitual y reconocida inteligencia y maestría, resolvió el caso…

—Muchas gracias —sonrió encantadoramente Brigitte—… ¿Se da usted, cuenta? ¡No cuesta nada ser amable!

Hubo algunas risitas. El hombre que hablaba sonrió, haciendo una inclinación de cabeza hacia Brigitte.

—Tiene usted razón: no cuesta nada ser amable. Y en el caso de usted, incluso es reconfortante. Pero sigamos… El caso quedó resuelto en cuanto a la peligrosidad que representaba para el señor Carter, pero, pese a que… fallecieron los implicados directamente en el asunto, la cuestión final quedó en el aire, y nos quedamos sin saber exactamente quiénes de entre los… grandes hombres de Estados Unidos habían planeado el hundimiento del prestigio de nuestro Presidente. ¿Cierto?

—Cierto —admitió Brigitte—: las cabezas visibles fueron cortadas…, y la basura continuó circulando por las cloacas.

—Exacto. Ahora, yo pregunto: ¿no sería posible que el señor Carter, por su cuenta, se hubiese enterado de la identidad de las personas que quisieron desprestigiarlo…, y que ahora, también por su cuenta, los esté… aniquilando?

Se hizo el silencio. Un silencio tenso, notable. Brigitte apagó el cigarrillo en un cenicero, y murmuró:

—Eso sería una venganza.

—Por supuesto.

—Un presidente de los Estados Unidos de América no puede

andar por ahí dedicado a una venganza personal —rechazó Brigitte fríamente—… Recuerden ustedes que el Caso de las Delaciones está privando a nuestro Gobierno de personajes importantes, y sacando a flote una gran cantidad de porquería. Lo que significa que si el señor Carter estuviese dedicado a esa venganza personal estaría provocando al mismo tiempo un pequeño cataclismo que afecta, sin duda alguna, a la seguridad, o al menos a la tranquilidad y prestigio de la nación entera. Yo no puedo admitir eso.

—¿Por qué no?

—Solamente un loco haría eso.

Se quedaron todos mirándola. Brigitte frunció el ceño hoscamente. La palabra quedó en el aire: loco.

—Bueno —murmuró por fin otro consejero—… Nadie ha dicho eso, Baby.

—¿De qué otro modo se le podría definir? O loco, o cretino total. Me reservaré mi opinión personal sobre el señor Carter como Presidente, pero, como simple ciudadano, no me ha parecido nunca un loco. Y si insistiésemos en seguir pronunciando esa palabra, caballeros, esto parecería otro complot…, esta vez para retirar de la circulación al señor Carter. ¿Es ése nuestro propósito?

—¡Claro que no! —saltó otro consejero—. ¡Cielos, claro que no se trata de eso!

—Entonces, busquemos por otro lado.

—Pero ¿por qué? ¡Tenemos información de primera mano en el sentido de que Dunlop y Butz estaban haciendo aquello por orden del Presidente de Estados Unidos! ¡Demonios, Baby, fue usted quien oyó esas palabras, ¿no es cierto?!

—Sí, pero…

—Y otra cosa… Analice usted la información que ha ido apareciendo en los periódicos y hundiendo a importantes personajes de toda clase de nuestra nación. Analícela bien… Son informes que se podrían considerar viejos, pero importantísimos. Aparte del Presidente de los Estados Unidos, ¿quién diría usted que tiene acceso a esos informes? Wayne Butz, no, desde luego. Pero… ¿diría usted que sí han podido acceder a esos informes el ex Secretario del Interior y el actual Presidente de Estados Unidos? ¿Lo diría?

—Sí —tuvo que admitir Brigitte—… Sí, claro.

—¿Y quién más?

—Bueno, no sé… Desde luego, poquísimas personas…

—¿Poquísimas? ¡Se podrían contar con los dedos de una mano! Pero, ¿para qué molestarse en contar? ¡Tenemos una información directa, de un moribundo, en ese sentido! Un hombre que estaba muriendo, y que le dijo a usted que quizás aceptaría ayudar a Dunlop, o algo parecido… ¡aunque lo dijese con otras palabras! ¿Cierto?

—Bien, sí, pero…

—¡Señorita Montfort, ya está bien de perder tiempo buscando identificar a la persona que está promoviendo todo esto! Ya tenemos el nombre de esa persona: James Carter, Presidente de Estados Unidos… Lo que nosotros tenemos que hacer ahora es analizar POR QUÉ hace eso el señor Carter. ¿Está loco? ¿Es un espía prochino o proruso? ¿Acaso un extraterrestre, como dicen algunos estúpidos? ¿O el hombre que tenemos en la Casa Blanca no es el auténtico James Carter, sino un doble que ha colocado una potencia enemiga, como dicen algunos chiflados…? ¿Por qué lo está haciendo? ¿POR QUÉ? Y lo averigüemos o no…, ¿qué hacemos? ¿Le apoyamos… o lo destruimos? Porque lo seguro, lo segurísimo, señorita Montfort, es que la CIA está dispuesta a resolver esta situación cuanto antes… ¡No podemos permitir que eso siga sucediendo!

—¿Por qué no?

—¡¿Cómo que por qué no?! ¡Porque hay muchas personas que podrían ser destruidas por ese método…, y muchas de esas personas nos interesan a nosotros!

—¿A nosotros? A mí, no, se lo aseguro.

—¿A usted? Bueno, señorita Montfort, ¿qué es usted? ¡Una espía, eso es todo!

Simón-Floristería miró con ojos desorbitados al hombre que acababa de hablar así. Pitzer y Cavanagh habían palidecido, y miraban también al hombre como aterrados.

Luego, miraron a Brigitte Montfort, temiendo su reacción.

Lo sabían…

¡Lo sabían!

En cuanto ella abriese la boca, aquel insensato iba a lamentar haber utilizado la suya… para decir lo que todos habían oído.

Brigitte Montfort se limitó a ponerse en pie, agarrar su maletín

por el asa, y dirigirse hacia la puerta del salón, diciendo, con voz sosegada:

—Caballeros, muy buenas noches a todos.

Nadie parecía capaz de reaccionar.

Las palabras del consejero parecían estar todavía rebotando en todas las mentes. El desprecio, el desdén de que acababa de ser objeto N. Y. 7117 no sólo era brutal, sino totalmente injusto.

Brigitte se disponía ya a abrir la doble puerta de madera de roble cuando Cavanagh corrió cojeando hacia ella, y la tomó de un brazo.

—Espere… Por favor, Brigitte, espere, creo que…

—¿Qué hace usted aquí, Simón? —Lo miró amablemente la más implacable espía del mundo—. ¿No se da cuenta de que sólo es un espía? Oh, me olvidaba de que hay más espías aquí… Quiero decir, de los que se juegan o se han jugado la vida durante años… Por ejemplo, tío Charlie, y mi simpático Simón-Floristería… ¡Asco de gente! Sí, cuando pienso en tío Charlie, en Simón, en usted, y en mí misma… ¡siento un asco tan grande! ¡Espías! ¡Puag!

El consejero que había hablado comenzó a palidecer. Era como si, poco a poco, fuesen pintando su rostro de blanco con una brocha invisible.

—Pero aún hay más gente repugnante de esa —prosiguió serenamente Brigitte Montfort—… ¿Cuántos? Bueno, últimamente leí un informe que aseguraba que Estados Unidos tiene empleados en sus diversas organizaciones de espionaje y contraespionaje y servicios paralelos cerca de doscientas mil personas. ¡Doscientos mil seres repugnantes, que sólo sirven para hacer las cochinadas que se les ordena, para jugarse la vida, para ser sólo espías! ¿Sabe una cosa, señor? Cada día que pasa odio más el espionaje… ¡Lo odio! Odio su intención, sus métodos, sus objetivos… ¡Pero no me pida que odie a quienes se juegan la vida, aunque sea por dinero! ¡Y no me pida que los desprecie…! ¿Sólo somos espías? De acuerdo —se volvió completamente hacia el silencioso, petrificado grupo de consejeros—… Y ustedes, ¿qué son? Sean tan amables de decírmelo: ¿qué son? ¡No son nada! Se pasan la vida encerrados en sus despachos tramando suciedades que harían vomitar a las personas corrientes, a la gente de la calle… ¿Y qué más hacen? ¡Nada más! Y no hacen nada más porque cuando llega el momento de poner en

práctica sus suciedades, ustedes recurren a nosotros… A los espías. Hace tres noches, un espía acorralado en un callejón pudo matar a otros espías que habían sido compañeros suyos… ¿Dónde estaban ustedes mientras tanto? ¿Qué hacían? Ustedes, no hacían nada. ¿Y saben por qué ustedes no hacían nada? Pues, por la sencilla razón de que ustedes no son NADA. ¿Qué se han creído? Ustedes están donde están porque los espías los respaldamos… ¿No les gustan los espías? De acuerdo: confidencia por confidencia, les diré que ustedes no me han gustado a mí NUNCA, y que ninguno de ustedes vale para mí ni siquiera la milésima parte de uno de mis Simones. Caballeros: ¿me he explicado? ¿Tienen ustedes alguna duda sobre lo que acabo de decir? ¿Puedo confiar en que sus inteligentes y privilegiados cerebros han entendido todas y cada una de mis palabras?

Era imposible no haberlas entendido.

Y el silencio no pudo ser más afirmativo.

Cavanagh seguía sujetando a Brigitte por un brazo, pero ya no sabía qué hacer.

El consejero desafortunado, lívido como un muerto, se puso en pie.

—Me pregunto —susurró— si hay algún modo de presentar mis disculpas.

—Ninguno —lo miró serenamente Brigitte Montfort—, porque no pienso aceptarlas jamás. Y les diré otra cosa, caballeros: esta reunión ha dejado de interesarme, por su trasfondo que claramente se ve parcial. De modo que éstas son mis condiciones: o jugamos todos a mi modo, o abandono la partida. O Baby dirige la orquesta, o no forma parte de ella. ¿Su respuesta, caballeros…?

Capítulo IV

—La lástima —dijo Miky Grogan—, es que esa información sea tan destructiva, pero de todos modos hemos de admitir que los periódicos que la han publicado han dado el golpe, y que los periodistas que han firmado la página informativa en cuestión han visto aumentada muy considerablemente su fama, su prestigio.

Frank Minello, que estaba bebiendo de su copa de champán sentado en otro de los sillones del salón del apartamento de Brigitte, terminó de tragar rápidamente y preguntó:

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, considerando las cosas desde un punto de vista periodístico…

—¡Al grano! —Gruñó Minello.

—Lo que Miky quiere decir —intervino Brigitte, sonriente, sentada en el sofá, copa de champaña en mano—, es que él ve las cosas desde el punto de vista periodístico, y además, como director de uno de los más importantes diarios de Estados Unidos, el *Morning News*, en el que tú y yo, Frankie, tenemos el honor de trabajar…, a pesar de que el *Morning News* no haya publicado ninguno de esos documentos delatores de nuestros cerdos importantes. ¿Es eso, Miky?

—Bueno… Vaya, se trata de… ¡Demonios, a fin de cuentas, como noticia periodística es de las mejores! ¿O no?

—Sí que lo es —admitió Brigitte—, pero con esa clase de noticias no se le hace un gran favor al país. Se le informa, lo cual, naturalmente, es la obligación de los periodistas, y de la prensa en general. Esto es indiscutible, por supuesto. Pero yo creo que se le haría más servicio al público sacrificando a los cerdos y convidándolos a todos a comer jamón y morcillas… discretamente.

—¿O sea…?

—O sea, evitando entristecer o enfurecer a la masa, pero

sirviéndola con los mejores deseos…

—Oye, hablando de la masa —interrumpió Minello—: ¿yo soy de la masa?

—Todos somos de la masa, supongo —rió Brigitte.

—Lo que yo quiero decir…

—Sabemos lo que quieres decir —deslizó malignamente Miky Grogan, que vio una oportunidad de zaherir a Minello—… Quieres saber si eres algo especial en la vida. Pues bien, sí, Frankie, eres algo especial, muy especial. ¡Al menos, para mí!

Minello y Brigitte cambiaron una mirada de desconcierto, que en Minello se tornó pronto en desconfianza.

—Vaya, jefe, muchas gracias…

—Especialísimo —añadió Grogan—… Para mí, eres el número uno de todos los periodistas deportivos del país, el primero de la gran élite… ¡de tontos!

—¡Ya sabía yo que no podía ser cierta tanta amabilidad…! —tronó Minello—. ¿Acaso usted se cree muy listo?

—Me las voy arreglando —afirmó Grogan.

—Sí, ¿eh? Pues a ver si resuelve esta adivinanza: animal de dos patas, ocasionalmente de cuatro, sin rabo, con grandes orejas deformes, ojos de lechuza, frente estrecha, mentalidad de rata y malvado como un escorpión. ¡Venga, resuelva eso, tío listo!

—Bueno, no sé… Habría que pensar un buen rato…

—¡No se moleste, yo se lo diré! La solución es: director de un periódico llamado *Morning News*.

Miky Grogan enrojeció furiosamente, pero Brigitte se echó a reír, y alzó las manitas pidiendo paz.

—Bueno, bueno, nada de discusiones ahora. Estábamos hablando de cosas serias. Yo decía que los que de un modo u otro formamos parte de la élite mundial, tenemos la obligación de colaborar en el bienestar del resto de las personas, de lo que llamamos la masa. Pero me pregunto si facilitándole una información que la enfurezca le hacemos un gran favor. Es como si una persona tuviese un cáncer, por ejemplo, y el médico dudase entre decírselo o no… ¿Tú qué harías si fueses el médico, Frankie?

—¿Yo? La verdad, no sé… ¡Eso de decirle a un tipo que la va a palmar…!

—¿Y si no fuese a morir?

—Zambomba, pero si tiene un cáncer…

—¿Y si es curable, operable? Yo, si fuese médico, antes de decirle al paciente lo que tiene, me aseguraría muy bien si tenía o no posibilidades de curación. Si no las tenía, no estoy muy segura de lo que haría, aunque creo que lo informaría. Pero si había alguna posibilidad de curación, yo lo curaría, sin informarle antes de que tenía un cáncer en el estómago, por ejemplo. ¿Para qué hacerle sufrir psicológicamente? ¿Acaso no sería ya suficiente sus dolencias físicas?

—Pero el enfermo tiene derecho a saber qué tiene —murmuró Grogan.

—Sin la menor duda. Pero ¿por qué no decírselo después de curarle, cuando ya está sano de nuevo?

—O sea, que lo que tú harías, en lugar de enviar esas informaciones delatoras a los periódicos, sería agarrar por el pescuezo a los cerdos, degollarlos, hacer morcillas, y convidar a la gente honrada.

—¡Más o menos, eso es lo que haría! —rió Brigitte.

—Sí, sí, de acuerdo —masculló Grogan—, pero el hecho cierto es que otros periódicos han publicado esas noticias sensacionales, y el *Morning News* no lo ha hecho. Y me resulta sorprendente que a usted no le hayan enviado copias de esos informes para que los publiquemos, Brigitte… ¡Es usted la más importante periodista del país, y eso lo sabe cualquiera!

—Muy amable, Miky. Pero ocurre que, al parecer, la persona que está dirigiendo todo esto, además de saber eso sabe que la señorita Montfort es la agente Baby…, y no debe de confiar en que le siga esa clase de juego… Me parece que han llamado, ¿verdad?

—Yo no he oído nada —dijo Grogan.

—Porque está sordo como una pared —farfulló Minello.

—¿Qué dices? —Se llevó Grogan una mano a una oreja.

—¡Que está sordo como una tapia!

—Ya te había oído.

—¡Qué gracioso…!

Efectivamente, había sonado el carillón de la puerta del apartamento, y al poco apareció Peggy, el ama de llaves de Brigitte, precediendo a Simón-Floristería, que saludó a todos, mirando con sonrisa admirativa a Brigitte…, la cual fijó la mirada en el

portafolios que traía el ayudante de Pitzer.

—¡Hombre…! —exclamó Minello—. ¿No viene el viejo buitre calvo y desdentado?

—Los buitres no tienen dientes —gruñó Grogan.

Minello se dispuso a contestar adecuadamente, pero Brigitte no le permitió hablar.

—Siéntese, Simón —invitó, señalando un sillón—… ¿Le apetece una copa de champaña?

—¡Vaya pregunta! —exclamó Minello—. ¡Ni que fuese tonto…! ¿Verdad que usted no es tonto, Simón?

—No del todo, al menos —sonrió el espía.

—¿Ve? ¡Eso es modestia y buenos modales! En cambio, hay quien es tonto de la cabeza desde que nació, y se cree un genio porque dirige un periódico.

—Bueno, bueno —tuvo que intervenir de nuevo Brigitte—… Sirve una copa a Simón, Peggy, por favor. Y hablando en serio: ¿cómo no ha venido tío Charlie?

—Está ocupado —dijo Simón, sentándose—… Ha preferido atender personalmente la radio de la base, por si hay más noticias sobre Thaddeus Dunlop.

Simón-Floristería hablaba con toda naturalidad, sin misterios, sabía perfectamente que Brigitte *Baby* Montfort tenía plena confianza en las personas que había presentes. Confianza que, por cierto, jamás había sido defraudada en tantos años de amistad y convivencia. Grogan y Minello podían oír cualquier cosa, y si Brigitte no les autorizaba a hablar de ella era como si no la hubiesen oído. Sordos y mudos.

—Me parece bien —asintió Brigitte—. Pero, mientras tío Charlie espera noticias, usted me trae algo bueno a mí, ¿no es cierto?

—Creo que sí. En los tres días que llevamos vigilando a Dunlop, éste ha tenido contactos con muchas personas, y, naturalmente, todas han sido investigadas, sin que encontrásemos nada interesante sobre ellas… hasta esta mañana.

—Hasta esta mañana —repitió Brigitte, mirando su relojito—. Bueno, son las cinco y media de la tarde, Simón.

—Hemos necesitado tiempo para conseguir un informe completo sobre dos de esas personas que se han relacionado con Dunlop. Aunque a decir verdad, no ha sido nada difícil. Se entrevistaron

ambos con Dunlop, en un *snack* de Bridgeport, cerca del puerto, a la hora del almuerzo. Y a las cuatro y media ya teníamos todo el informe sobre esos dos hombres. Traigo aquí un resumen de sus expedientes. ¿Quiere verlos?

Alzó el portafolio. Brigitte lo miró de nuevo, y movió la cabeza.

—Por el momento, vamos a simplificar; sé bien que usted me informará perfectamente de palabra. Bien: ¿quiénes son esos dos caballeros que nos han llamado la atención?

—Sus nombres son Edwin Sandburg y Jasper Glackens; el primero, agente del FBI, y el segundo, de la CIA.

—¿En activo? —preguntó Brigitte, sin sorprenderse en absoluto.

—No. Ambos dejaron su respectivo servicio hace un tiempo.

—¿Poco después del caso Riverside?

—Sí —se sorprendió Simón—… ¿Cómo lo sabe?

—¿Cuál es la edad de esos caballeros? —sonrió Brigitte.

—Sandburg tiene cuarenta y nueve años. Glackens, cuarenta y dos.

—Ya. Bien, ¿sabemos lo que hablaron con Dunlop?

—No. Se les fotografió de lejos, con teleobjetivo. No nos pareció prudente el acercamiento…, tal como usted indicó.

—Perfecto. ¿Dónde están ahora Sandburg y Glackens?

—Edwin Sandburg vive actualmente en San Francisco, California, y suponemos que llegó de allí directamente a entrevistarse con Tad Dunlop; se está investigando eso. Mientras tanto, claro está, vigilamos a los dos, y sabemos que Sandburg se ha alojado en un hotel de Bridgeport, el Mohicano. Jasper Glackens vive en Nueva York, y después de su entrevista con Dunlop regresó aquí en su coche; tiene un apartamento en el 680 de la East 11th Street, cerca de Tompkins Square. Al parecer, vive solo. En cuanto a Sandburg, esperamos noticias de nuestros compañeros de San Francisco esta misma noche.

Brigitte, que miraba atentamente a Simón, permaneció inmóvil, fija la mirada en él, como si no hubiese oído. Pero todos sabían que había oído, y muy bien. Lo que no sabían era lo que estaba pensando…, hasta que ella habló.

—Están esperando algo, seguro —murmuró—… Los dos están esperando algo. A menos que Dunlop les entregase algún sobre o similar en la entrevista del *snack*.

—No, no, no les entregó nada. Sólo almorzaron y hablaron.

—Claro. Los citó para sonsacarlos, para saber si estarían dispuestos a colaborar. No olvidemos que han perdido a Wayne Butz, de modo que necesitan… reponer personal. Es evidente que llegaron a un acuerdo.

—¿Cómo puede usted saber eso?

—No es que lo sepa, pero casi lo daría por seguro. Si no hubiesen llegado a un acuerdo, Sandburg no tenía por qué quedarse en Bridgeport… Habría regresado a San Francisco. En cuanto a Glackens, ha vuelto a Nueva York porque le ha parecido más cómodo viajar unos pocos kilómetros en coche que alojarse en un hotel, como ha hecho Sandburg. Oportunamente, supongo que será llamado por teléfono, y volverá a Bridgeport… Mientras tanto, Sandburg espera allí, en un hotel. Lo que significa que no tardarán mucho en ser llamados. Está bien… ¿Qué sabemos del Presidente?

—Bueno… Nada. Nada absolutamente. Quiero decir que no se le ha advertido ni actividad ni actitud especial…

—¿Están ustedes vigilando al Presidente de los Estados Unidos? —exclamó Miky Grogan.

—Así es, Miky —lo miró Brigitte—… Fabuloso, ¿verdad?

Miky Grogan no acertó a decir nada más. Minello miraba con incrédulo pasmo a Simón y a Brigitte. El primero se dedicó, por fin, a beber su copa de champaña, mientras Brigitte permanecía de nuevo pensativa. Por fin, tendió la mano hacia Simón, y éste, interpretando el gesto, se acercó a ella para entregarle el portafolios, y se sentó en el sofá, a su lado.

Brigitte abrió el portafolios, y sacó los dos expedientes resumidos del agente de la CIA y del FBI. Éste, Edwin Sandburg, evidenciaba, en efecto, alrededor de cincuenta años. Llevaba el cabello muy corto, y predominaba en él el color gris plata; también sus ojos eran grises, estrechos y alargados, de mirada directa, firme; una pequeña cicatriz en el lado derecho de la barbilla confería al recio rostro de Sandburg un cierto tono duro y frío, pero no repelente, desde luego. En cuanto a Jasper Glackens, el agente de la CIA, parecía incluso algo más joven de los cuarenta, llevaba el cabello más largo, más a la moda, y vestía con más atildamiento, pero sin pasarse; era, simplemente, un hombre atractivo que cuidaba de su aspecto con interés; su boca era simpática, sonriente,

como apoyando su sonriente mirada…, pero era una boca que no podía engañar a Baby, una boca con trazos de una dureza impresionante.

Había muchas más fotografías, todas en colores, y Brigitte las fue examinando despaciosamente, siempre atenta. Cuando por fin las metió de nuevo en el portafolios, preguntó:

—¿Qué clase de expedientes tienen? ¿Algo sucio?

—Jamás. De los mejores.

—Claro. Bueno, me ha parecido que no van armados… ¿Se han interesado ustedes por eso?

—Por supuesto. Y no parece que lleven armas, desde luego.

—Desde luego… Ahora están utilizando otras armas… Bien, no parece que debamos sorprendernos demasiado de que el Presidente de Estados Unidos consiga la colaboración de los mejores hombres, como lo fue Wayne Butz, y como parecen serlo Glackens y Sandburg. Glackens es de los nuestros, de la CIA, de modo que debemos conocerlo muy bien. ¿Sabemos algo especial de él, de su vida presente y pasada…?

—Nada especial. Hasta que se retiró voluntariamente, siempre fue un agente eficaz, serio y sobrio. Estuvo en el Grupo de Acción cerca de tres años.

—Será mejor que eche un vistazo a esos expedientes —musitó Brigitte—. No quisiera que se me pasara algo por alto. Espero que ustedes me disculpen…

Por supuesto que la disculparon. Los tres hombres permanecieron en silencio, fumando y bebiendo champaña mientras la espía más peligrosa del mundo leía los informes sobre los dos hombres. No había nada contradictorio en ellos: habían sido siempre honrados, y actualmente, si se disponían a colaborar en el Caso de las Delaciones, no se les podía culpar de nada vergonzoso, ciertamente, ya que todo lo que harían sería ayudar a Tad Dunlop a cumplir los designios del Presidente de Estados Unidos respecto a denunciar la corrupción que estaba pudriendo los más altos estratos sociales, políticos y militares de la nación. El comportamiento de estos dos hombres, pues, como el de Wayne Butz, era diáfano; a su manera, seguían sirviendo al pueblo americano.

Pero… ¿y el Presidente? ¿Por qué hacía eso y con esos extraños métodos el Presidente de los Estados Unidos de América? ¿Por qué?

—¿Por qué? —Se le escapó a Brigitte la pregunta en voz alta.

—¿Qué? —La miró vivamente Minello.

—Nada… Nada.

Lo guardó todo en el portafolios, y devolvió éste a Simón, que la estaba mirando fijamente.

—Todavía me tiemblan las piernas cuando recuerdo cómo les habló usted a los señores del Consejo —dijo Simón.

—¿Le tiemblan las piernas?

—Bueno, es un modo de hablar… ¡Pero demonios, los dejó usted fritos a todos! Y luego, aquello de dirigir usted la orquesta a su modo… ¡No creí que fuesen a aceptar!

—Bueno, Simón —sonrió secamente la espía—, los señores del Consejo pueden ser cualquier cosa… menos tontos. Durante quince años he estado dirigiendo la orquesta de un modo que les ha resultado satisfactorio, en definitiva. Así que, ¿por qué arriesgarse a dirigirla ellos… y hacerlo muy mal?

—Caray —sonrió Simón—… ¡Les dijo usted lo que les tenía que decir! Así aprenderán a tener sujeta la lengua, y a tratar con más consideración a los espías.

—Sí —murmuró *Baby* Montfort—… A los espías hay que tratarlos con cuidado. Con mucho, mucho cuidado…

Capítulo V

Jasper Glackens, exagente de la CIA, detuvo su coche frente a la puerta del garaje, pulsó el mando a distancia, y la puerta se alzó, plegándose al mismo tiempo. Metió el coche dentro, lo llevó a su plaza, y apagó el motor. La puerta del garaje se estaba cerrando automáticamente. Esperó a oír el chasquido del cierre total, salió del coche, lo cerró, y se dirigió hacia el ascensor que le llevaría directamente a la planta donde tenía su apartamento.

Poco después introducía el llavín en la cerradura de la puerta. Empujó ésta, entró, dio la luz, cerró la puerta, y se fue directo a la salita. Hacía menos de media hora que había terminado de cenar, no tenía absolutamente nada que hacer, y la noche se presentaba larga y aburrida. A menos que diesen algo aceptable por la televisión, cosa poco probable. Bueno, al menos le serviría para mirar algo mientras pensaba…

Entró en la salita sin molestarse en encender la luz, fue directo al viejo televisor, y lo puso en marcha.

«Voy a prepararme un *whisky* mientras se calienta la pantalla», se dijo.

No necesitaba más luz que la de la pantalla, precisamente. Así que fue a la cocina, sacó hielo del refrigerador, tiró dos cubitos en un vaso, volvió a la salita, cruzó por delante del ya iluminado televisor hacia el mueble-bar, echó un chorro de *whisky* en el vaso, movió el hielo, y bebió un sorbo.

Pasó de nuevo por delante del televisor, dejó el vaso sobre un brazo de su sillón preferido, se quitó la chaqueta, luego los zapatos, y se acomodó en el asiento, estirando las piernas, vaso de *whisky* en la mano…

—¿De verdad le gusta la televisión? —Oyó.

Una persona corriente habría pegado tal salto que habría llegado al techo, vertiéndose encima el *whisky*. Jasper Glackens,

simplemente, tuvo una breve sacudida en las manos y en los labios. Luego, buscó con la mirada por un lado y hacia detrás del televisor, cuya luz lo tenía deslumbrado en la oscuridad de la salita. En el sillón colocado junto a la librería pudo distinguir algo, una forma humana…, y el reflejo de la azulada luz en un par de ojos. Lo que no distinguió fue el brillo de arma alguna.

Se pasó la lengua por los labios, y dijo:

—En algo hay que pasar el tiempo.

—Sin duda —le llegó de nuevo la voz femenina, diferenciándose claramente de las de los personajes de la película que había en pantalla—… Pero un hombre de su inteligencia debería buscarse entretenimientos más interesantes, señor Glackens.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, leer.

—No me apetecía leer.

—Bueno, eso puede ocurrirnos a todos. ¿Y conversar? ¿Le gustaría conversar?

—Depende del tema. ¿Cuál propone?

—Veamos… ¿Qué le parece sobre el llamado Caso de las Delaciones? ¿Lo conoce?

—He leído los periódicos —asintió Glackens—… Si se puede hablar de ese tema en profundidad debe de resultar muy interesante, desde luego.

—Bueno, pues hablemos de él en profundidad. No quisiera parecerle exigente, pero me está molestando la televisión… y me gustaría que pudiésemos vernos bien. ¿Le molestaría encender la luz de la salita y apagar el televisor?

—Claro que no.

Jasper Glackens se puso en pie, dio un paso hacia el televisor…, y se detuvo al oír la suave risa femenina.

—No, no, señor Glackens… Hágalo por el orden que le he indicado: encienda la luz y luego apague el televisor.

—Por supuesto. No había caído en la cuenta. Discúlpeme.

—Naturalmente. Cualquiera se equivoca.

El exagente de la CIA encendió la luz de la salita, y se dirigió hacia el televisor, mirando a la mujer que ocupaba el sillón de lectura. Era una chica rubia, bien vestida, que tenía cruzadas las sensacionales piernas. Sobre los muslos tenía un maletín negro, o

quizás un portafolios…

Era preciosa.

Cuando Glackens apagó el televisor, ya había llegado a tan fácil conclusión: preciosa, espléndida. Sus verdes ojos eran grandes, inteligentes, amables, y su boquita sonrosada mostraba una sonrisa amistosa. Sí, amistosa, sin duda alguna.

—Le preguntaría si nos conocemos de algo —sonrió Glackens—, pero sé que no es así: no la habría olvidado.

—Vaya… Menos mal que no me ha preguntado eso de: ¿qué hace una chica como tú en un sitio como éste?

Jasper Glackens, de pronto, comenzó a pasarlo bien. Muy bien. Sí señor, la noche ya no se presentaba aburrida, ni mucho menos. Cualquier cosa… pero no aburrida.

—Bueno —replicó, con tono festivo—, quizá le habría hecho la pregunta si no tuviese ya la respuesta, señorita… señorita…

—Puede llamarme Gladys.

—De acuerdo. Como le decía, señorita Gladys, quizá le habría hecho la pregunta si no tuviese ya la respuesta: usted ha venido a este lugar a charlar del Caso de las Delaciones. ¿No es así?

—Correcto. ¿No me pregunta cómo he entrado en su apartamento?

—Bah, bah —agitó Glackens una mano—… Evidentemente, está usted aquí, sobra cualquier explicación. Está dentro, eso es todo. ¿Le apetece un *whisky*?

—No, gracias.

—Se lo estoy ofreciendo de todo corazón.

—Y yo se lo agradezco como si me lo hubiese tomado —sonrió la rubia Gladys—… ¿Le sorprende no ver arma alguna en mis manos?

Glackens parpadeó. Había estado escrutando con toda atención a Gladys, en busca del truco. Ella debía de tener un arma, pero… ¿dónde? ¿Cuál era el truco?

—La verdad es que sí —admitió.

—Es lógico. ¿Me creerá si le digo que pretendo sostener una conversación pacífica, incluso amistosa…, pero que de todos modos estoy preparada para cualquier eventualidad?

—Es de suponer. ¿Tengo que permanecer de pie, o puedo sentarme?

La rubia se puso en pie, y caminó hacia uno de los sillones que había delante del televisor. Lo desplazó un poco, de modo que diese frente al que solía ocupar Glackens, y lo señaló, sentándose al mismo tiempo.

—Póngase cómodo, señor Glackens.

Éste, que todavía estaba pasmado por la belleza de la muchacha, mucho más evidente al verla de pie y caminando con aquella suave gracia, llegó rápidamente a una conclusión: aunque él era un hombre fuerte y bien entrenado, se dijo que no le resultaría fácil una lucha cuerpo a cuerpo con la rubia. Ella parecía de lo más delicado, pero…

Se sentó, bebió un sorbo de *whisky*, se inclinó hacia la mesita para dejar el vaso y tomar cigarrillos, y, ya fumando, miró a la rubia Gladys.

—¿Y bien?

—¿Le gusta a usted perder el tiempo, señor Glackens?

—No.

—En ese caso, nos entenderemos pronto y bien. Yo formo parte de una agencia especial de investigaciones, y he sido designada para llegar a un acuerdo con usted. Mi agencia ha sido contratada por una serie de importantes personalidades de la vida americana en sus más altos niveles…, personalidades que temen que sus… trapos sucios puedan ser aireados, como ha sucedido a otros personajes importantes. ¿Me sigue usted?

—Perfectamente.

—Bien. Esas personas que han contratado a mi agencia nos facilitaron una pista inicial, que no sé cómo habían conseguido ellos mismos. Pero, al parecer, se asustaron, y decidieron no proseguir por su cuenta las investigaciones. De modo que recurrieron a mi agencia, facilitándole a mis jefes los datos de que ya disponían. Esos datos hacen referencia al ex Secretario del Interior señor Thaddeus Dunlop, y, naturalmente, yo y otros compañeros procedimos a vigilar al señor Dunlop en su casa de Bridgeport, Connecticut…

—… En la cual he estado yo esta mañana.

—No, no. Nada de tonterías, señor Glackens. Usted no estuvo en la casa. Fue el señor Dunlop quien acudió a una cita con ustedes. Y digo *ustedes* porque me refiero también el señor Sandburg, el caballero que quedó alojado en el Hotel Mohicano de Bridgeport…

—... Y que, naturalmente, está vigilado.

—Naturalmente.

—¿Y me han elegido a mí para este contacto?

—Evidentemente.

—¿Por qué a mí?

—Porque es más joven, más guapo, más elegante, y parece sentir más apego por la vida y sus placeres que el señor Sandburg. Lo que significa que es usted más vulnerable. De los dos, usted es el que más sentiría morir... ¿Verdad?

—O sea, que me está amenazando.

—No, no... Ha sido sólo un comentario.

Jasper Glackens apretó los labios.

—¿Qué espera usted de mí exactamente? —murmuró.

—Como le decía, los clientes de mi agencia han localizado al señor Dunlop como... mano visible del Caso de las Delaciones. No sé cómo lo han conseguido, ni me interesa. Interesan los hechos. Y los hechos son que el señor Dunlop, ayudado por personas como usted y el señor Sandburg, está removiendo el estiércol del país, delatando corrupciones de altísimo nivel, destruyendo a muchas personalidades. Le haré, por tanto, una pregunta concreta: ¿por qué hace eso el señor Dunlop?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—No.

—¿No sabe si busca dinero, poder, eliminación de rivales, venganza quizás...? ¿No se le ocurre nada, señor Glackens?

—No.

—De acuerdo. Busquemos otro interrogante, entonces... Por ejemplo: ¿de dónde obtiene el señor Dunlop la información que luego sus amigos envían por correo a los periodistas más famosos del país?

—No lo sé.

—¿Tampoco sabe eso? Sin embargo, convendrá conmigo en que esa clase de información no está al alcance de cualquiera... ¿Verdad?

—Lo admito. Pero no sé de dónde la saca.

—Comprenderá usted, señor Glackens, que no puedo presentarme a mis jefes diciéndoles que usted no sabe nada de

nada. Es poco… verosímil.

—Pues tanto sus jefes, como sus importantes clientes, no sabrán nada por mí, ya que yo nada sé. ¿Por qué no ha ido a hacerle todas estas preguntas al señor Dunlop?

—Es una buena idea —sonrió Gladys—. Dígame, señor Glackens: ¿el señor Dunlop no ha mencionado ninguna vez al Presidente durante la entrevista con ustedes esta mañana?

Jasper Glackens palideció, de súbito.

—¿Al Presidente? —murmuró—. ¿Qué Presidente?

—El de los Estados Unidos de América… Su nombre es James Carter… ¿No había oído hablar de él, quizá? —ironizó.

—Sí, claro… Por supuesto. Pero no, el señor Dunlop no mencionó en ningún momento al señor Carter.

—Ya. Entonces… ¿de qué hablaron ustedes tres?

—Quedamos de acuerdo en que dentro de dos días Sandburg y yo recogeríamos material de manos del señor Dunlop, para enviarlo por correo a determinados periodistas.

—¿Más delaciones de corrupción?

—Sí.

Gladys estuvo casi un minuto observando con suma atención a Jasper Glackens, Por fin, susurró:

—Sabemos que el señor Sandburg estuvo en el FBI, y que usted trabajó con la CIA. ¿Por qué dejaron sus puestos? Y los dos precisamente, igual que Wayne Butz, también agente de la CIA, precisamente poco después del desdichado caso Riverside, que le costó el cargo al presidente Frederick Saxon… Y lo mismo hizo el propio señor Dunlop. ¿Por qué abandonaron sus trabajos, y por qué precisamente poco después del caso Riverside?

—Nos entró repugnancia.

—Repugnancia… ¿A qué se refiere?

—Usted misma lo ha mencionado. Cuando el Presidente Saxon tuvo que presentar la dimisión debido a toda aquella porquería del caso Riverside, comprendimos que estábamos en un saco de mierda…, y preferimos salir de él. Si un Presidente de Estados Unidos podía ser acusado de todo aquello… ¿cómo serían los demás? El Presidente Saxon, que ideó y dirigió personalmente toda aquella porquería del caso Riverside, perdió su cargo, fue… ignominiosamente expulsado. Eso nos abrió los ojos. Decidimos

abandonar, dedicarnos a otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Siempre hay trabajos bien pagados para hombres inteligentes y activos: representaciones comerciales importantes, puestos en agencias de investigación, asesores de información política en algún que otro periódico, piloto… ¡Qué sé yo! Muchas cosas.

—Claro. Bien, señor Glackens, quedamos en que usted no niega nada de lo que he dicho, pero no puede contestar a mis preguntas.

—Eso es. Hágaselas al señor Dunlop.

—Sí, ya dijo eso antes. Y tendré que hacerlo… Pero no puedo dejarlo a usted aquí, señor Glackens… ¿Me comprende?

—¿Va a matarme, para que no avise a Dunlop por teléfono?

—¡Cielos, no…! A menos que usted lo prefiera… Tengo abajo algunos amigos esperando, y mi sugerencia es que usted baje conmigo, se… constituya en nuestro invitado, y cuando todo esto termine será puesto en libertad. Créame, es la mejor solución para usted. Quizá si nos enfrentásemos los dos ahora, usted me venciese, pero, créame, no le aconsejo esa decisión.

—Es usted muy valiente al arriesgarse así.

—Con un cretino no lo haría —sonrió Gladys—. Pero usted no es un cretino, sino un hombre inteligente, y por tanto tiene que comprender lo que más le conviene. ¿Qué ganaría matándome a mí? Si acaso que luego, antes de matarlo a usted se lo hiciesen pasar tan mal que se arrepentiría amargamente. Oh, vamos, sé que usted va a aceptar, Jasper. ¿De acuerdo?

Jasper Glackens movió la cabeza, miró hoscamente a Gladys; reflexionó, y, por fin, masculló:

—De acuerdo. Al fin y al cabo, usted, como yo mismo, sólo somos peones de brega en esto. ¿Qué ganaríamos uno u otro matándonos?

—Eso pensé que pensaría. Bien, ¿nos vamos?

—Supongo que puedo ponerme los zapatos y la chaqueta —gruñó el exespía.

—Por supuesto.

Sombrío el gesto, Glackens procedió a calzarse, sentado en el suelo. Se incorporó, recogió la chaqueta, se la puso, y señaló hacia la salida del saloncito.

—Cuando usted quiera…

Al mismo tiempo, Jasper Glackens alzaba su pierna derecha, y el pie, como un émbolo, salía disparado hacia el vientre de Gladys, que tuvo tiempo de adivinar el gesto y de comenzar a saltar hacia atrás gritando:

—¡No lo…!

El patadón le acertó en el vientre, y aunque amortiguado por su salto hacia atrás, fue lo suficiente fuerte para derribarla sentada. Para entonces, la pistolita de cachas de madreperla estaba ya en la mano derecha de Gladys, que rápidamente apuntó a Glackens. Éste, que se hallaba en pleno salto hacia la preciosa rubia, vio los verdes ojos fijos en él, la pistola apuntándole a la cabeza, con una firmeza sobrecogedora… También vio algo más, pero no supo interpretarlo, no supo qué era exactamente.

Su salto terminó delante mismo de Gladys, tras propinarle a ésta un golpe en la frente con el borde externo del pie. Gladys emitió un gemido, y cayó violentamente hacia atrás, mientras la pistolita saltaba de su mano. Quedó tendida de costado, con un brazo hacia la espalda y la otra mano extendida sobre la alfombra cerca de su pecho… De pie junto a ella, Jasper Glackens la contemplaba como alucinado. Se inclinó de pronto, recogió la pistola, y la guardó en un bolsillo. Luego colocó a Gladys de cara al techo, y le puso una mano sobre el corazón, mientras miraba la ladeada peluca rubia encima de la señal del golpe. La retiró suavemente de la cabeza de Gladys, y se quedó mirando el negro casquete de nylon que sujetaba sus auténticos cabellos…, que se desparramaron como una cascada negra cuando retiró el casquete. Acto seguido, con manos temblorosas, Jasper Glackens procedió a retirar de los ojos de Gladys las lentillas de color verde, dejando al descubierto su verdadero tono, azul cielo… La pupila se contraía rápidamente al recibir de lleno la luz, lo que de por sí ya era suficiente para que Glackens supiera que Gladys estaba viva.

Y mirando aquella pupila, aquel ojo azul, y la rubia peluca que yacía en el suelo cerca del maletín, Jasper Glackens comenzó a sentir un largo, lento, profundo escalofrío…, mientras tenía que admitir que Gladys podía haberlo matado. Sí, sólo tenía que disparar, él habría recibido la bala en la cabeza. Pero no lo había hecho…

—Dios —jadeó el exespía—… ¿Será posible? ¿Y si fuese…?

Acercó el maletín, se sentó en el suelo, y procedió a examinar su contenido.

En realidad, no lo hizo completamente; no tuvo necesidad de ello: le bastó encontrar el truco del cepillo para el cabello que se convertía en estilete, la radio camuflada en un paquete de cigarrillos, el secador de cabello que se convertía en tubo-fusil…

—Maldito seas, Jasper Glackens —se dijo—… ¡La has lastimado, hijo de la gran…!

Pero su situación no era envidiable, desde luego. ¿Había dicho ella la verdad, había abajo más gente esperándola a ella y vigilándolo a él? Era absolutamente lógico que lo estuviesen vigilando, pero… ¿sabían que ella estaba allí? Conocía sus procedimientos, al menos el que la definía como una espía solitaria. Quizás había decidido por su cuenta visitarlo a él…

—Tengo que salir de aquí —dijo de nuevo en voz alta Jasper Glackens—… ¡Y pronto! Y tengo que avisarlos.

Se acercó al teléfono, puso la mano sobre el aparato…, y la dejó allí, inmóvil. Su mirada se alzó, recorrió toda la salita… ¿Le habían colocado micrófonos? ¿No le habían intervenido el teléfono? Si lo habían hecho, sabían ya que algo había sucedido entre él y… Gladys, en cuyo caso, podía despedirse de engañarlos: jamás lo conseguiría. Pero si no le habían colocado micrófonos ni intervenido el teléfono, podía tener una oportunidad de escapar, y avisar a Dunlop desde cualquier teléfono…

Bueno, había que arriesgarse; era así de simple. Y Jasper Glackens se arriesgó.

Con unas tijeras recortó adecuadamente la peluca rubia que había llevado Gladys, y acto seguido se la probó ante el espejo. Bueno, no era una maravilla, pero podría servir para la ocasión… Se quitó la chaqueta tras pasar el contenido de sus bolsillos a los del pantalón, y se puso un jersey; se arrancó la corbata y la tiró a un lado.

Suficiente.

Y ahora venía lo bueno.

Se aseguró de que Gladys continuaba sin conocimiento, la alzó en brazos, y con la mano izquierda agarró el maletín por el asa. Segundos después, con Gladys en brazos, salía de su apartamento. Si alguien le veía, mala suerte: tendría que dar unas explicaciones

que no resultarían fáciles…

Pero Glackens no tuvo mala suerte.

Ni siquiera cuando, en el ascensor, llegó de nuevo al estacionamiento subterráneo donde había dejado su coche.

Sólo que no fue a su coche, sino a otro. Utilizando una lima de uñas de Gladys que encontró en el maletín, alzó la tapa del maletero, en el cual depositó a la exrubia de exverdes ojos. No sin pesar, Glackens ató las manos y los pies de Gladys con tiras de esparadrapo color carne que también encontró en el maletín, sonriendo ceñudamente: ¡allí dentro había de todo, era un maletín fantástico!

Para amordazar a Gladys no tuvo más remedio que recurrir también al esparadrapo. Cerró el maletero, y se colocó ante la portezuela delantera izquierda del coche, que abrió fácilmente con la lima de uñas. Acto seguido, para Jasper Glackens fue un juego de niños poner en marcha el motor del coche que se disponía a robar a uno de sus vecinos del edificio. Y lo mismo, colocarse la recortada peluca de la rubia…

Dirigió el coche hacia la rampa de salida, sacó de la guantera el bloque de mandos a distancia, y lo accionó. La puerta se plegó alzándose, y Glackens salió a la calle. Ciertamente, verían salir un coche, pero no el de Jasper Glackens, ni tampoco a éste, sino a un hombre vestido con descuido, y rubio, no de cabellos castaños…

En cuestión de segundos, Jasper Glackens se alejaba del edificio donde tenía su apartamento. Sin dificultad alguna.

Lo que demostraba que la señorita Montfort había tenido razón: a los espías hay que tratarlos con mucho, mucho cuidado…

Capítulo VI

Con exquisito cuidado, Jasper Glackens retiró en primer lugar la tira de esparadrapo que amordazaba a Brigitte, mientras decía:

—Lo siento, pero no tenía otra cosa con qué amordazarla… ¿Le duele?

Pese al cuidado de Glackens, a Brigitte le dolían los labios, pero dijo:

—Sólo si sonrío.

—Ése también es un chiste viejo —sonrió Glackens—. Voy a soltarle ahora las manos y los pies. Por favor, no complique más las cosas. ¿De acuerdo?

—¿Quién es? —preguntó Edwin Sandburg, que estaba junto a Glackens frente al maletero, pistola en mano, contemplando a Brigitte.

—Ayúdame a sacarla de aquí —eludió la respuesta Glackens.

Brigitte los dejó hacer. Calculó que hacía tres horas que estaban viajando con el coche, con tres paradas breves en todo este tiempo, cuando finalmente el vehículo se detuvo al parecer en su definitivo destino. Un destino que no preguntó cuál era, porque sabía que ni Glackens ni Sandburg se lo dirían. Así que se limitó a obtener sus propias conclusiones.

Y fueron éstas: estaba en una región levemente montañosa, y cerca se oía el suave deslizarse de las aguas de un río pequeño; muy pequeño, pero rápido. Cuando tras quitarle las tiras de esparadrapo la sacaron del maletero, vio la cabaña, rodeada de altos árboles de frondosa copa. Entonces, comprendió del todo: la habían llevado a una cabaña que debían de utilizar ciertas personas como base para los finales de semana dedicados a la caza o a la pesca.

Posiblemente, se hallaban en el estado de Connecticut, quizá cerca de la localidad de Waterbury, o de Hartford, pues por ambas pasaba un río. Debía de estar tierra adentro, y la cabaña podía ser

propiedad de Thaddeus Dunlop o de cualquier amigo o conocido. Estaba claro que Glackens se había detenido aquellas tres veces para telefonear pidiendo instrucciones, y estaba no menos claro que las había recibido. Y lo mismo Edwin Sandburg, el cual, mientras ella y Glackens daban vueltas para que ella se desorientase respecto al tiempo, había llegado con mucha anticipación a la cabaña. La pregunta era: ¿lo habían visto y seguido los agentes de la CIA que lo vigilaban?

Sus esperanzas en este sentido disminuyeron considerablemente cuando, apenas entrar en la pequeña salita de la cabaña, vio al hombre sentado en uno de los sillones, observándola a la luz de los dos pequeños quinqués de gas: Thaddeus Dunlop.

Un hombre atractivo, de algo más de cincuenta años, ojos claros, mirada serena, cabellos elegantemente canosos en las sienes.

Siguiendo una indicación de Glackens, Brigitte se sentó en otro sillón, todavía con las manos atadas a la espalda. Era evidente que Glackens había optado por este sistema de seguridad al no asentir ella a su propuesta de no complicar las cosas.

Sandburg había cerrado la puerta, y apareció en el saloncito, ya sin la pistola en la mano. Se quedó apoyado en la pared, mirándola con especulativo interés, como forzando su memoria…, y no poco mosqueado con Glackens porque éste no le había dicho quién era la prisionera. Aunque no hacía falta, porque él la conocía… Sí, la conocía. ¡Vaya si la conocía…!

Tad Dunlop resolvió sus dudas cuando preguntó, amablemente:

—¿Qué vamos a hacer con usted, señorita Montfort?

—Soltarme las manos, invitarme a cenar, ya que no lo hice a su hora, y… dialogar.

Dunlop asintió con la cabeza, y quedó rumiando la propuesta de la prisionera.

—Me temo —dijo por fin— que no va a ser posible nada de lo que usted desea. Bueno, quizás haya algún bote de carne aquí, y podamos invitarla a cenar, pero eso será todo. Nos ha puesto usted en un gran compromiso, francamente.

—Y nos gustaría mucho saber —intervino Sandburg— qué pinta usted en este asunto.

Lo miraron los tres.

Estaba claro que Sandburg había reconocido por fin a la famosa

periodista, pero no menos claro estaba que no sabía que se trataba ni más ni menos que de la agente Baby.

—Señor Sandburg —deslizó Brigitte—: ¿me creerá si le digo que ustedes tres ya están «quemados»? De aquí en adelante, no podrán hacer nada. Supongo que se han reunido aquí gracias a que Glackens les advirtió de lo que sucedía utilizando una frase clave para situaciones de emergencia que debieron de establecer durante su almuerzo en el *snack* de Bridgeport, y supongo también que, sabedores de que la CIA les estaba vigilando, se las arreglaron para llegar hasta aquí burlando dicha vigilancia. Están capacitados para hacerlo, lo sé, Pero de nada va a servirles: ustedes ya no podrán seguir trabajando en esto.

—¿Por qué habla de este modo? —Parecía sorprendido Edwin Sandburg—. Habla como… como nosotros, como una profesional de…

—Soy Baby, señor Sandburg.

El exagente del FBI quedó boquiabierto, petrificado por el pasmo. De pronto, soltó un bufido, y exclamó:

—¡Demonios! ¡Ya lo creo que nos hemos complicado la vida! ¿Qué vamos a hacer con usted?

—Ésa es la pregunta que hice yo, Sandburg —sonrió secamente Tad Dunlop.

—Sí… Claro. Ahora comprendo… ¡Claro! Bueno, demonios, ¡esto sí que es toda una complicación!

—¿Por qué? —sonrió Brigitte—. Les bastaría con eliminarme para resolver el problema, señor Sandburg.

Éste quedo de nuevo pasmado unos segundos, antes de explotar:

—¡No diga tonterías!

—Debe de ser otra prueba de su sentido del humor —mascullo Glackens—: sabe perfectamente que no vamos a eliminarla, ni mucho menos. ¿No es así, señor Dunlop?

—Así es, Glackens. El señor Presidente la tiene en muy alta estima. Lo sé con toda certeza, ya que cuando iniciamos el asunto, yo mismo mencioné a la señorita Montfort como uno de los periodistas indicados para recibir la información y publicarla en su periódico… La respuesta del señor Presidente fue que no quería complicarle la vida en lo más mínimo a la señorita Montfort. Sí, la tiene en muy alta estima.

—Transmítale mi agradecimiento al señor Carter —dijo Brigitte, sonriente.

Thaddeus Dunlop la miró, alzó las cejas, y asintió acto seguido con un gesto.

—Transmitiré su agradecimiento al señor Presidente. Y al mismo tiempo, le pediré instrucciones sobre usted. Mucho me temo que él también lo va a ver todo muy complicado… Pero, en fin, esperemos que lo resuelva satisfactoriamente. Ahora, señorita Montfort, hablemos de lo que me interesa a mí, de lo que me ha impulsado a venir… ¿Hasta dónde está la CIA enterada del asunto?

—Sabemos lo suficiente para terminar con él —dijo firmemente Brigitte—… Si no lo hemos hecho ha sido sólo por consideración a la intervención del señor Carter. En cuanto encontremos el modo de… cortar este asunto de modo adecuado, lo haremos.

—Entendido. Es usted muy amable al ponerme al corriente… No estamos en muy buena posición, ¿verdad?

—Me temo que no, puesto que los tenemos controlados, señor Dunlop. Y ya que yo he sido breve, concisa y clara en mi respuesta, usted demostraría ser agradecido si contestase a mi pregunta: ¿POR QUÉ está haciendo esto, y por estos métodos, el señor Carter?

—Comprenderá usted que no puedo contestar a esa pregunta… Lo que sí puedo garantizarle es que la traspasaré al señor Presidente, y si él considera conveniente darle respuesta, la tendrá usted. No puedo hacer más, lo siento.

—Me hago cargo.

—Gracias. Bien, ha sido usted tan explícita que, realmente, no tengo necesidad de hacerle más preguntas, de modo que regresaré a casa…

—¿No lo considera imprudente, dadas las circunstancias?

—La verdad es que sí, un poco, pero no tengo más remedio que volver.

—… ¿Para pedirle instrucciones al señor Carter por medio de la línea directa y privada que los comunica, y que, claro está, sólo tiene en su casa?

—Exactamente —sonrió Dunlop—… Oh, vamos, no se esfuerce en provocar nuestra admiración: la tiene desde hace años. ¿No es cierto, señores? Y a propósito, señorita Montfort, esa admiración no impedirá a Sanburg y Glackens hacer todo lo necesario para que

usted permanezca en esta cabaña, por lo que me atrevo a sugerirle que evite las complicaciones. Sería desagradable e innecesario, considerando que ni remotamente admito la posibilidad de que el señor Presidente decida algo que pueda perjudicarla a usted en lo más mínimo. Supongo que todo se reducirá a que tenga usted un poco de paciencia mientras buscamos una solución a la dificultad actual.

—Dudo que encuentren ninguna, señor Dunlop.

—¿Quién sabe? Como usted comprenderá, un hombre capacitado para dirigir un país como Estados Unidos encontrará fácilmente una solución a este pequeño contratiempo… ¿No le parece?

Brigitte no contestó.

¿Solución? ¿Cuál solución? La CIA estaba ya enterada del asunto, lo tenía identificado a él, a Dunlop, y sabía que era el propio Presidente de los Estados Unidos quien lo dirigía… ¿Qué solución podía encontrar a esto el señor Carter? No había ninguna.

Pero Dunlop se despidió con una sonrisa tan tranquila y confiada que Brigitte Montfort comenzó a alimentar serias dudas al respecto. ¿Podía haber alguna solución para que tanto Dunlop como James Carter escapasen del lío en que se habían metido utilizando agentes de la CIA, del FBI, y quizá de otros organismos…?

Se oyó el zumbido del motor de un automóvil, que se alejó enseguida. A los pocos segundos, Glackens, que había acompañado a Tad Dunlop fuera de la cabaña, regresó, y se quedó mirando a Brigitte.

—¿De veras tiene apetito? —preguntó.

—De veras.

—Bueno, buscaré algo en la cocina. Espero que le guste.

—Soy capaz de comer cualquier cosa.

—Me alegro por usted, porque no creo que haya manjares en este lugar. Bueno, mire, seamos razonables, ¿quiere? A mí me fastidia mucho tenerla como prisionera, atada, como si fuese… una enemiga.

—¿Qué sugiere? —sonrió Brigitte.

—Podemos hacer un trato. Usted me jura que no escapará, y nosotros la dejamos circular libremente por aquí…

—Lo siento, Jasper: nunca juro.

—¡Está bien, está bien…! Deme su palabra, simplemente… ¡Todo lo que quiero es que esté lo mejor posible durante el tiempo que debamos retenerla! Y si no me asegura, que no intentará escapar, tendré que amarrarla a la cama con cuerdas y cadenas… ¡Con todo lo que encuentre, porque comprenderá que no voy a descuidarme con una prisionera como usted!

—Lo comprendo —sonrió de nuevo Brigitte.

—¿Hacemos el trato? Mire, sólo hay un pequeño dormitorio en esta choza. Pues bien: para usted, para que duerma libre y cómodamente. Sandburg y yo dormiremos aquí mismo, en el sofá, o en dos sillones… ¿De acuerdo? ¿Sí? ¿De acuerdo?

Brigitte calculó rápidamente sus posibilidades de fuga si no aceptaba el amable trato de Jasper Glackens…, el cual, evidentemente, sabiendo a quién tenía prisionera, no se descuidaría ni un segundo…

—Está bien, Jasper: acepto. Y gracias.

—Le soltaré las manos…

—¿Realmente confía en ella, Glackens? —Gruñó Sandburg.

—Sí. Cumplirá el pacto, lo sé.

—Yo no estaría tan seguro.

—Lo estaría si hubiese visto a la señorita Montfort apuntándome a la cabeza con una pistola… y preferir recibir un puntapié en su propia cabeza antes que disparar. ¿Lo entiende, Sandburg?

—¿Eso hizo ella?

—Eso hizo. De modo que la soltaremos, le daremos de cenar, le cederemos el único dormitorio, y nos dedicaremos a descansar tranquilamente todos, con la certeza de que ella no escapará. Y esto es todo, fin del tema.

Desató a Brigitte, y luego fue a la diminuta cocina en busca de comestibles. Edwin Sandburg estuvo unos segundos mirando con suma atención a la divina espía mientras ésta se limpiaba las muñecas de los restos pegajosos del esparadrapo. Por fin, el exagente del FBI encogió los hombros, se acercó a ella, y le tendió el paquete de cigarrillos.

—¿Usted fuma? —ofreció.

—Sí, gracias.

—¿Sabe? Mientras estuve en activo en el FBI tuve una obsesión durante años y años: conocer a la agente Baby… Y ahora que estoy

retirado, ya convertido en un anciano, la… ¿De qué se ríe usted?

—¡Me río de su ancianidad! Pero, Sandburg, ¡si sólo tiene usted cuarenta y nueve años!

—Es cierto… Ah, está bien informada sobre mí, claro. Es natural. ¿Le han dicho también que pronto seré abuelo?

—No… No sabía eso. En realidad, estaba esperando una información detallada sobre su vida actual en San Francisco.

—Ya. Bueno, puedo informarla de eso en pocas palabras: dentro de un par de meses, mi hija Sally dará a luz. ¿Qué le parece…? ¡Abuelo a los cuarenta y nueve años!

—No creo que sea tan extraordinario.

—Bueno, supongo que no, pero no acabo de hacerme a la idea. Quizá se ría usted, pero… a veces pienso que hace sólo cuatro días que yo jugaba al *baseball* con mis compañeros de colegio… ¡Y ahora voy a ser abuelo!

—Si hace alguna fiesta, espero que se acuerde de invitarme.

—¿Por qué no? ¡Caramba, me parece una idea excelente!

—Lo es, sin duda. Al menos, mejor que la del Caso de las Delaciones. Espero que cuando me envíe la invitación yo esté en casa: no es fácil localizarme.

—Claro… Pero la avisaré con tiempo. ¿Qué le parece? ¡Ya retirado, y a punto de ser abuelo, consigo uno de mis sueños! Y le diré una cosa, señorita Montfort: si hace unos años me hubieran dicho que usted es la agente Baby, creo que me habría muerto de risa. ¿No es gracioso?

—Sí…, muy gracioso.

—Hay carne, judías, cerveza y leche condensada —apareció diciendo Jasper Glackens—… ¿Qué le apetece?

Capítulo VII

Despertó de pronto, y se quedó mirando el resplandor de la luna en el interior del pequeño dormitorio. Luego, miró hacia la ventana, y sonrió. Hacía horas que podía haber escapado por allí con toda facilidad, pero… no habría sido amable por su parte. Esperaba que, con el día, ganaría la causa utilizando métodos psicológicos. Tenía la certeza de que haría comprender a Glackens y Sandburg lo absurdo de la situación, ahora que la CIA sabía ya…

Pero… ¿qué la había despertado?

Se sentó en la cama, poniendo los descalzos pies en el suelo. El silencio era total, así que no comprendía por qué se había despertado. Ni siquiera había amanecido… Debía de faltar poco, pero aún no había amanecido.

Cubierta solamente con la braguita y el sujetador, Brigitte se puso en pie y se dirigió hacia la puerta del dormitorio. No necesitaba encender luz alguna, veía perfectamente. Salió al corto pasillo, y llegó en un instante a la pieza más grande de la cabaña, que servía de recibidor, salita y comedor… Lo primero que llamó su atención fue ver la puerta abierta, dejando pasar el resplandor de la luna. Y acto seguido, precisamente a ese resplandor, le sorprendió ver vacío el sofá, pues le constaba que Glackens y Sandburg, medio en broma medio en serio, se lo habían jugado a cara o cruz para aquella noche, de modo que no tenía sentido que ninguno de los dos lo ocupara…

Mientras pensaba esto, caminaba hacia el sofá. Veía de espaldas uno de los sillones, y la cabeza de uno de sus peculiares guardianes sobresaliendo parcialmente del respaldo. Pero, justo cuando llegaba junto al sillón, vio al otro guardián, tendido en el suelo, ante el sofá.

Tendido de cualquier manera, como retorcido. Corrió a arrodillarse a su lado, y dirigió la mirada hacia el otro. El que

estaba en el sillón era Glackens. Permanecía inmóvil, en una postura un tanto extraña… Tan extraña como la de Edwin Sandburg. Los dedos de Brigitte se mancharon de un líquido viscoso y caliente cuando tocó el cuerpo de Sandburg. Enseguida, puso dos dedos en un lado del cuello del hombre.

Nada. Ni un latido. Conservando la serenidad, Brigitte se apresuró a hacer lo mismo con Glackens…, mientras contemplaba el brillo de la sangre en varios puntos de su pecho. También estaba muerto.

Lentamente, la espía más peligrosa del mundo retiró su mano del cuello del exagente de la CIA. Sabía ahora lo que la había despertado. Es decir, aproximadamente: podía haber sido un gemido de dolor, la caída de un cuerpo, el chasquido de un disparo hecho con silenciador… Lo que fuese, había llegado a su fino oído, y la había despertado. Y de eso hacía menos de un minuto.

Se abalanzó hacia Sandburg, e introdujo su mano hacia la axila izquierda del hombre. Encontró la pistola que, evidentemente, el exagente del FBI se había procurado para acudir a aquella cabaña, ya que habitualmente no iba armado desde que dejó el servicio… ¿Qué importaba? ¡Tenía allí una pistola, eso era todo! Y no pensaba entretenerse en buscar la suya, pues no tenía idea del lugar donde Glackens había escondido su maletín…

Cuando salió de la cabaña, se estremeció. Era una fría madrugada, cuyo vientecillo pareció lanzar un mordisco a sus desnudas carnes. Frente a la cabaña estaba el coche en el que Glackens la había llevado hasta allí. A la izquierda, un estrecho camino, apenas suficiente para un vehículo, descendía por entre árboles que proporcionaban sombras fantasmagóricas.

Sin dudarlo un instante, Brigitte echó a correr hacia el camino, y se lanzó por él, silenciosamente, apretando los labios para no lanzar ni un solo gemido de dolor cuando alguna que otra piedra se clavaba en las plantas de sus pies.

Su mente estaba funcionando de modo automático, fríamente, objetivamente; como una pequeña computadora que resolvía el problema incluso antes de serle planteado… Si ella se había despertado debido a un disparo silenciado, o un grito de agonía, significaba que el asesino o asesinos habían salido de la cabaña poco después de que ella hubiese despertado; es decir, que si

hubiesen tenido el coche cerca, lo habría oído al ser puesto en marcha… Pero no. El asesino había dejado el coche lejos, había llegado a pie, había entrado en la cabaña, había matado a los dos durmientes, y ahora estaba camino del lugar donde había dejado el coche, montaña abajo. Eso tenía que ser…

Antes de verlos, los oyó.

Oyó la imprecación, la exclamación de alarma, y luego el jadeo… Un instante más tarde, veía a los dos hombres, como sombras, corriendo por delante de ella.

No se entretuvo en pensar lo sorprendente de esto, de que escapasen dejándola a ella con vida.

Simplemente, gritó:

—¡Deténganse!

Oyó las exclamaciones de los dos hombres. Uno de ellos aumentó la velocidad de su carrera, y el otro se volvió… Brigitte distinguió con toda nitidez el brillo de la pistola en su mano derecha, y no tuvo consideración alguna.

¡Crack!, crujió el disparo efectuado con la pistola del exagente del FBI.

Por delante de ella, el hombre que se había detenido lanzó un chillado mientras saltaba hacia atrás, soltando el arma, y cayendo de cabeza junto a unos matorrales, que quedaron quietos enseguida.

Más abajo, rugió el motor de un automóvil, y una voz sonó por encima, con más fuerza:

—¡Déjala, Graw! ¡Ya tengo el coche en…!

¡Crack, crack, crack!, restallaron los tres veloces disparos efectuados por Brigitte Montfort. Casi simultáneamente, sonaron dos rebotes metálicos, y un extraño estallido… ¡Un neumático había sido alcanzado por una bala! Corriendo hacia donde rugía el motor del coche, Brigitte alzó de pronto las manos, para protegerse los ojos, cuando el doble haz de luz llegó hasta ella.

El motor del coche ya no se oía… Comprendiendo que su posición era por demás peligrosa, Baby saltó a un lado, fuera del camino, cayendo entre unos matorrales, entre los que se deslizó rápidamente, se irguió…

La espalda del hombre que huía le pareció gigantesca, un blanco monstruosamente fácil.

—¡Alto! —gritó—. ¡Deténgase!

Oyó la exclamación del hombre, y se percató de que aumentaba la velocidad de su carrera…

¡Crack!, disparó una vez más. El hombre gritó de nuevo, saltó hacia delante girando sobre sí mismo, rodó por el camino, y quedó inmóvil, manchado de luz lunar, hundido en el camino el rostro, abiertos en cruz los brazos.

Y súbitamente, el silencio.

A un lado de Brigitte, las luces del coche parecían encaramarse por la arbolada montaña, como buscando la cabaña, que estaba bastante más arriba.

Durante unos segundos, la espía permaneció inmóvil, escuchando. No, no parecía que hubiese más hombres por allí… Al resplandor de las luces del coche llegó junto al hombre que yacía de bruces en el camino, y le hizo dar la vuelta pasándola un pie bajo una axila… Los desorbitados ojos del hombre se lo dijeron todo: estaba muerto. Contrariada, regresó en busca del otro…, al que también encontró ya cadáver.

Se incorporó, indecisa. Pero su indecisión duró muy poco. Apenas cinco minutos más tarde, los dos hombres estaban cargados en su propio coche, con el que regresó hacia la cabaña, tras cambiar la rueda reventada. Lo detuvo delante, encendió la luz del interior, y pasó al asiento de atrás, donde procedió a registrar a los dos sujetos. Con todo lo que encontró en sus bolsillos, entró en la cabaña, y encendió uno de los quinqués de gas, a cuya luz examinó el botín, evitando mirar a Glackens y Sandburg. Todo extendido sobre la mesa, fue mirándolo despacio, sin prisas. Sentía congoja y furia al mismo tiempo, pero su rostro permanecía impasible. Uno de los sujetos se llamaba Peter Dalton; el otro, Gordon Graw. Al menos, ésos eran los nombres que estaban utilizando. Llevaban dinero, cigarrillos, encendedor, llaves…

Brigitte se quedó mirando con especial atención uno de los juegos de llaves. No eran de coche, ni de la puerta de un apartamento. Ella conocía bien aquel tipo de llaves, pues no en vano había volado mucho en avioneta, en sus prácticas de paracaidismo… Eran las llaves de una avioneta.

De una avioneta.

Las piezas encajaban con exactitud en la mente de la espía. Una avioneta… Aquellos hombres habían llegado en una avioneta,

expresamente para matar a Glackens y a Sandburg. No a ella, desde luego. No, no a ella. Sólo a Glackens y a Sandburg. ¿Ésas habían sido las instrucciones del Presidente de los Estados Unidos de América…?

Se pasó una mano por la frente, y se dejó caer en uno de los sillones. Frente a ella, Jasper Glackens parecía dormido…, pero la sangre estaba empapando su ropa de un modo escandaloso.

Brigitte cerró los ojos…, y las piezas continuaron encajando. Dos hombres llegan en avioneta, se procuran un coche, van a la cabaña, y matan a otros dos hombres… que ya han sido identificados por la CIA, localizados, vigilados…, y por tanto resultan demasiado comprometedores. ¿Lo había decidido así James Carter? ¿O lo había decidido por su cuenta Thaddeus Dunlop…? No. Absurdo. No había sido él. Entonces… ¿quizás a él le estaba reservado el mismo trato?

Abrió los ojos, y vio a Sandburg en el suelo. Ya no conocería a su nieto o nieta. Brigitte apretó los labios.

El coche… El coche en el que habían llegado aquellos hombres. Quizás encontrase en él alguna pista que la condujera a la persona que se lo había proporcionado a los dos asesinos…

Iba a salir de la casa cuando pareció reparar en que estaba prácticamente desnuda, y, ahora se daba cuenta, aterida de frío. Así que optó en primer lugar por vestirse. Luego, buscó su maletín, que encontró fácilmente. Sólo tuvo que colocarse en el centro de la salita, y mirar alrededor… Se fue directa a la chimenea, metió la mano dentro y hacia arriba, tanteó, y allí estaba. Glackens no se había molestado demasiado, francamente, en buscar un buen escondite…

La radio camuflada en el paquete de cigarrillos estaba dentro del maletín, así como su pistolita, que deslizó por el escote, sin más complicaciones. Muy pronto iba a saber si estaba tan cerca de Bridgeport como suponía: si contestaban a su llamada significaría que se hallaba a menos de cincuenta millas de dicha localidad… De lo cual estaba tan convencida que, con el pequeño punzón de la radio, cambió la disposición de las placas de ésta en busca de la onda del estado de Connecticut.

Apretó el botón de llamada…

—¿Sí?

—Soy Baby. ¿Quién me contesta?

Oyó la exclamación. Y enseguida:

—¡Baby, desde Nueva York nos avisaron de su desaparición, y la están busc…!

—Avise luego de que ya he aparecido. ¿Dónde está usted?

—En Bridgeport. Formo parte de la pareja que vigila los movimientos de Edwin Sandburg. Tengo entendido que los de Nueva York la están buscando a usted y a Glackens, porque…

—Simón, olvídese de eso, ahora. Y olvídese también de Sandburg. Lo han matado. Estoy con él en una cabaña que…

—¿En una cabaña? ¡Pero…!

—Se les escapó. Era todo un veterano, así que pudo hacerlo con relativa facilidad. No se mortifique por eso. Glackens también está en la cabaña, asimismo muerto… Usted y su compañero de turno abandonen la vigilancia en el Hotel Mohicano, y vayan a reforzar la vigilancia en la casa de Thaddeus Dunlop… ¿Me están escuchando los de este grupo?

—Sí —sonó otra voz en la radio—… La escuchamos, Baby.

—Bien. También Dunlop salió de su casa, y estuvo aquí, en la cabaña. Me consta que regresó, de modo que debe de estar ahí ahora…

—Pero… ¡no es posible! ¡No pudo salir sin que lo viésemos!

—Pues yo les digo que salió y regresó. Estas cosas pasan, de modo que acéptenlo. Y ahora, escúchenme todos con atención: nadie debe salir de la casa de Tad Dunlop. Y digo NADIE. Tampoco nadie debe entrar. ¿Lo entienden?

—Naturalmente. Pero… ¿qué está ocurriendo?

—Han asesinado a Glackens y a Sandburg, y mucho me temo que intentarán hacer lo mismo con Dunlop…, si es que no lo han hecho ya. ¿Nadie ha entrado o salido en la última hora?

—No.

—Entonces todavía estamos a tiempo, espero. No olviden mis instrucciones, y avísenme inmediatamente que ocurra algo nuevo, sea lo que sea, por insignificante que les parezca. Si no ocurre nada, yo les llamaré a ustedes dentro de una hora o dos. Mientras tanto, vean de comunicarse con la base de Nueva York y comuniquen todo esto. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo… ¿Cómo demonios pudo salir Dunlop?

—¿Y cómo pudo escapársenos Sandburg? —Gruñó la otra voz.

—¿Por qué le dan tantas vueltas? Ellos eran tan profesionales como nosotros… Bueno, Dunlop no era propiamente un profesional de lo nuestro, pero debía de tener bien preparadas sus cosas para una posible emergencia. Oigan, no estamos tratando con papanatas, sino con gente que sabe lo que hace, ¿no es cierto?

—Bueno, sí, pero…

—Aceptemos los hechos, eso es todo. Hasta luego.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, y se quedó mirando a Sandburg, y luego a Glackens. Jasper Glackens, un Simón, a fin de cuentas…

Cuando salió de la cabaña, ya había amanecido. Había una luz lívida, grisácea. Se notaba menos frío matinal, pero todavía se veían algunos levísimos jirones de niebla. Se metió dentro del coche de los dos asesinos, en el asiento delantero, y alzó la tapa de la guantera. Había algunos mapas, una pequeña linterna, un destornillador… y una funda de plástico dentro de la cual había papeles impresos. Era el contrato de alquiler de un coche en el aeropuerto de Bridgeport, a nombre de Gordon Graw. La cosa estaba clara: Graw, Dalton, y posiblemente dos o tres hombres más, habían llegado al pequeño Bridgeport Municipal Airport en una avioneta, y se habían separado. Graw había alquilado un coche en la empresa que indicaba la documentación, y que prestaba servicio las veinticuatro horas, y habían ido directamente a la cabaña. Sabían perfectamente dónde estaba…, cosa que ella ignoraba.

Guardó la documentación, y tras reflexionar, decidió llevar los cadáveres de los dos asesinos a la cabaña… Mientras se dedicaba a este macabro transporte, no dejaba de pensar… Una mirada a su relojito la centró más en los pensamientos. Eran las ocho menos cuarto. Aquellos hombres habían llegado a la cabaña, calculó, alrededor de las siete, muy cerca del amanecer. Es decir, que probablemente, habían llegado con la avioneta al aeropuerto de Bridgeport hacia las seis, más o menos. Puesto que Tad Dunlop debía de haber llegado a su casa hacia medianoche, después de estar en la cabaña conversando con ella, significaba que a esa hora, hacia las doce de la noche, había comunicado las dificultades en que se hallaba debido a la intervención de la señorita Brigitte Montfort… Eso, a las doce de la noche. La reacción del Presidente había sido fulminante, enviando a varios hombres en una avioneta a

Bridgeport, para que eliminasen testigos. Pero no a ella. No, no a la señorita Montfort…

—Mucho debe de apreciarme —dijo en voz alta, dejando caer el segundo cadáver en el centro de la cabaña—… O bien, la cosa ha sido decidida por Dunlop… lo que me permito dudar muy seriamente. En cambio, no dudo ni una pizca que él también ha sido sentenciado. O sea, el Presidente elimina a sus hombres, pero no a mí, que sé que él dirige todo esto, cosa que también sabe la Dirección de la CIA… ¡Esto no tiene sentido! Si la CIA ya está enterada de todo… ¿para qué cometer crimen alguno, para qué eliminar a Glackens, Sandburg… y posiblemente a Dunlop? Sería diferente si ellos pudiesen decir algo que nosotros ignoramos, pero, si ya lo sabemos todo… ¿para qué matarlos?

No. No encajaba. No encajaba con la mínima lógica. Y sin embargo, allí estaban los hechos…, que habían costado ya cuatro muertos…, cinco, contando a Wayne Butz.

A las ocho menos dos minutos, Brigitte ponía en marcha el coche del llamado Graw, metiéndolo de nuevo por el angosto y único camino que llevaba hasta la cabaña. Estuvo siguiendo ese sendero durante cinco o seis minutos, hasta encontrar un tramo de carretera asfaltada, pero no mucho más ancho que el sendero. Dos minutos más tarde salía a una carretera amplia y en perfectas condiciones. Y pocos minutos más tarde, se enteraba por fin de en dónde estaba: en la entrada norte de la localidad de Waterbury, en la carretera estatal ocho. Es decir, a unas veinticinco millas de Bridgeport.

Ya sin problema alguno, Brigitte cruzó Waterbury, siempre utilizando la estatal ocho, que en el tramo de salida tenía en la localidad el nombre de South Main Street. Poco después, dejaba atrás la pequeña Union City, y casi enseguida, Naugatuck, poco después Beacon Falls…

Eran cerca de las nueve de la mañana cuando Brigitte llegaba, finalmente, al Bridgeport Municipal Airport.

Capítulo VIII

El empleado de la *rent-a-car* de servicio permanente había entrado de servicio a las ocho de la mañana, no de muy buen humor, ciertamente. Pero, la vida tiene grandes compensaciones, no cabe duda… El malhumor del hombre desapareció como por arte de magia cuando la bellísima muchacha de sensacional cuerpo y maravillosos ojos azules apareció ante él, sonriendo.

—¡Hola! —saludó simpáticamente—. Estoy buscando a unos amigos con los que, al parecer, no me he entendido bien.

—Ellos se lo pierden —aseguró el hombre—… ¿Le sirvo yo para algo?

—Espero que sí: para localizarlos. Uno de ellos se llama Gordon Graw, y estoy segura de que tuvo que alquilar un coche aquí, pues llegó muy temprano. Es decir, espero que haya llegado, que no haya sufrido un accidente… ¿Podría decirme si mi amigo alquiló un coche?

—Al instante —aseguró el hombre; consultó el registro, y asintió, complacido—… En efecto, un tal señor Graw alquiló uno de nuestros coches esta madrugada, a las seis.

—A las seis… Es raro que no me haya llamado… Bueno, creo que venía acompañado de otros amigos, así que quizá quiso acompañarlos a ellos a algún hotel… ¿Alquilaron algún otro coche a esa hora?

—En efecto. A la misma hora, a un tal señor Ira Stanwyck.

Brigitte movió la cabeza con gesto de desconcierto… ¡Qué gran actriz se había perdido el teatro!

—Vaya… No entiendo bien lo que pasa. ¿A ver si ellos me están buscando por otro lado…? ¿Puede decirme las matrículas de los dos coches, para buscarlos por el estacionamiento? No quisiera estar haciendo la tonta dando vueltas por aquí.

—Tómeselo por el lado bueno —sonrió el hombre.

—¿Por el lado bueno? ¿De qué modo?

—Bueno… Piense que dando vueltas por aquí le alegra usted la vista y la vida a un buen montón de hombres que saben apreciar la belleza. Ésa es una buena acción, señorita.

—¡Me encanta hacer buenas acciones! —rió la bellísima—. Y espero que a usted también. ¿Me dice esas matrículas?

—Haré algo mucho mejor: le voy a anotar en este papel las dos matrículas, y así no tendrá usted que forzar su memoria.

—Es usted muy amable. —El hombre anotó rápidamente, y entregó el papel a Brigitte, que le echó un vistazo, asintió, y luego alzó las cejas con gesto interrogante—… ¿Y este número del final de la hoja?

—Es el de mi teléfono. A lo mejor, en alguna ocasión le sirve de algo.

—Excelente idea…, que tendré en cuenta. Muchas gracias.

Se alejó, llevando el maletín en la mano izquierda, y sujetando con dos deditos de la misma el papel, que no necesitaba para nada, pues con una sola vez de ver los números anotados tenía suficiente… Tenía tres cosas que hacer: a) avisar a los Simones de que el coche matrícula tal, alquilado por Ira Stanwyck, podía aparecer en cualquier momento por los alrededores de la casa de Thaddeus Dunlop; b) echar un vistazo al estacionamiento por si ese coche estaba precisamente allí, lo que significaría que Ira Stanwyck rondaba por el aeropuerto; c) interesarse en los servicios de control del aeropuerto por una avioneta que había aterrizado aquella madrugada poco antes de las seis.

¿Cuál de las tres cosas era la más urgente? Sin duda alguna, la a), de modo que Brigitte se dirigió hacia los servicios para damas, dispuesta, según costumbre, a encerrarse en una de las cabinas para poder utilizar sin que nadie la viese la radio de bolsillo…

Una levísima vibración en la mano que sostenía el maletín le hizo apresurar el paso hacia los servicios. Y, en efecto, cuando, ya encerrada en una de las cabinas, abrió presurosamente el maletín y sacó la radio, en ésta estaba zumbando la llamada.

—¿Sí? —inquirió en un susurro.

—Baby…

Brigitte cerró un instante los ojos. Aquel tono de voz no auguraba nada bueno.

—Sí… ¿Qué ocurre?

—Bien… Tememos que nos hayan quitado de en medio a Dunlop.

—¿Lo han matado?

—Bueno, aún está vivo, pero francamente… no creo que le queden muchas esperanzas de sobrevivir a esto. Le han disparado con un rifle que podría matar una ballena. Verá lo que ocurrió…

—Simón: ¿se les ha escapado el asesino?

—Sí, porque…

—Entonces, no puedo atenderle a usted ahora, porque ese hombre viene hacia aquí. Sólo dígame…

—¿Hacia dónde? —exclamó Simón.

—Sólo dígame una cosa: ¿lo han matado dentro o fuera de la casa?

—Fuera… Él salió de la casa, fue hacia el garaje, y de pronto lo vimos saltar de lado contra la fachada de la casa. Debieron de disparar con…

—Está bien, gracias. Vengan algunos de ustedes al aeropuerto, pero muy discretos y sigilosos, nada de coches a toda velocidad ni armas en la mano… ¿Está claro?

—Sí, pero…

—Eso es todo.

Cerró la radio, la guardó, cerró el maletín, y salió presurosamente de la cabina, haciéndolo acto seguido de los servicios… Cruzó a toda prisa el vestíbulo, y salió al aire libre. Ahora hacía un sol un tanto mortecino, pero sol a fin de cuentas.

Sí. El asesino iba hacia el aeropuerto, desde luego, de modo que ya no tenía que preocuparse por nada más, por los puntos b) y c), pues quedarían resueltos automáticamente en cuanto el asesino llegase y buscase la avioneta en la que él y los demás habían llegado… Sólo tenía que vigilar la llegada del coche alquilado, y cuya matrícula conocía. Cuando el coche llegase, el hombre se apresuraría a ir a la avioneta, lógicamente, pues haciendo cálculos de tiempo debía de tener el convencimiento de que Graw y Dalton ya habrían regresado de la cabaña, de cumplir su parte…

¡Su parte!

¿Realmente el Presidente de Estados Unidos había movilizado asesinos profesionales para aquello? ¿Realmente el señor Carter

estaba eliminando a sus colaboradores? Bueno, ¿y por qué no? ¿Por qué ella, Baby, tenía que sorprenderse? Había conocido tantas canalladas en su vida que una más no tenía por qué sorprenderla. ¡Pero el Presidente de los Estados Unidos…! Bueno, ¿quién si no? Posiblemente, estaba en contacto por radio con Dunlop, así que éste le había comunicado el contratiempo apenas regresar la medianoche pasada a su casa. Inmediatamente, el Presidente envía a sus hombres a liquidar el asunto, En la cabaña, ningún problema. Pero sí podía haber problemas con respecto a Dunlop, de modo que, por la mañana, debía de hacer de eso muy poco, el Presidente llama por la radio a Dunlop, y le encarga algo que obliga a éste a salir de su casa…, para que el asesino apostado en lugar conveniente lo mate utilizando un rifle provisto de mira telescópica y, por supuesto, silenciador especial. Un buen tirador y un rifle de precisión, y asunto terminado…

Se detuvo cerca del estacionamiento, a escasa distancia de donde había dejado el coche alquilado por Gordon Graw.

El otro coche apareció apenas cinco minutos más tarde. El conductor lo colocó en una plaza de estacionamiento, y se apeó rápidamente. Recogió algo de dentro, se irguió, cerró la portezuela, y miró alrededor. Brigitte desvió la mirada, como ajena completamente al hombre y a lo que éste había sacado del coche; un estuche que correspondía a algo que le encantaba a la divina espía; un violín. Sólo que ella sabía que dentro de aquel estuche no había precisamente un violín, sino algo que emitía música muy distinta…

El hombre se estaba moviendo por el estacionamiento. Con el rabillo del ojo, Brigitte le vio acercarse al otro coche, al alquilado por Graw. Enseguida, el hombre se alejó hacia el vestíbulo. Dio un par de vueltas por allí, un tanto inquieto, presuroso, mirando a todos lados, por supuesto en busca de Graw y Dalton, los cuales, ciertamente, no iban a aparecer. Por fin, con apariencia muy tranquila para los ojos de observadores normales, pero un tanto tenso para aquéllos tan azules que no le perdían de vista, el hombre, Ira Stanwyck, salió del vestíbulo, y se dirigió directamente hacia las pistas.

«Eso es —se dijo Brigitte—… Llévame a vuestra avioneta. Es todo lo que necesito de ti. Aunque no creo que encuentre en ella

nada revelador, pero… nunca se sabe».

Ira Stanwyck, portando el estuche de violín, caminaba ya presurosamente hacia el fondo de una pista donde había estacionadas cuatro avionetas. ¿Y los coches? ¿Acaso pensaba dejar el que había alquilado, sin dar explicaciones a la *rent-a-car*? Sí, seguramente pensaban hacerlo así: dejar los coches allí, marcharse, y volver un par de días más tarde, tan tranquilo, para devolver los coches…

Muy pronto estuvo bien claro a cuál de las cuatro avionetas dedicaba su atención el supuesto violinista: a la más grande y veloz, una Ford pintada de blanco y ocre que debía de alcanzar más de cuatrocientos kilómetros por hora… Se acercó a ella, pero cada vez más lentamente y mirándola con más atención, Por fin, a unos veinte pasos del aparato, se detuvo, y permaneció algunos segundos observándolo. No hacía falta tener una inteligencia fuera de serie para comprender lo que estaba pensando el hombre: ¿dónde estaban sus compañeros, si no estaban en la avioneta… y tampoco los había visto en el estacionamiento, ni en el vestíbulo?

Se volvió, lentamente, todavía pensativo, como abstraído, perdida la mirada. Dio un par de pasos, dispuesto a regresar hacia el edificio del aeropuerto, y entonces vio a la muchacha que, a unos diez pasos de él, le estaba mirando fijamente.

El hombre se detuvo en seco, palideciendo. Por sus ojos pasó un destello de reconocimiento, pero enseguida desvió la mirada, y, haciendo acopio de sangre fría, se dispuso a reanudar la marcha hacia el edificio…

—Deténgase ahí —dijo la muchacha de los grandiosos ojos azules, que parecían congelados—… Y deje en el suelo su… violín.

El hombre volvió a detenerse. Estaban ahora a siete u ocho pasos uno del otro.

—¿Perdón? —se interesó el sujeto—. ¿Me dice algo a mí, señorita?

—No sea estúpido, Stanwyck. Mis compañeros van a llegar de un momento a otro, y ellos no serán tan tolerantes como yo. De modo que deje caer su violín y quédese quieto.

El hombre miró a derecha e izquierda, y se pasó la lengua por los labios. Sus ojos se movían como si fuesen… mecánicos, bruscamente, como saltando de una dirección a otra. Pero pronto

quedaron fijos en Brigitte…, que había sacado su pistolita del escote, y le apuntaba, bien extendido el brazo.

—No se lo voy a repetir, Stanwyck: si antes de tres segundos no ha dejado caer ese estuche, le voy a meter una bala en su dura cabeza.

El hombre volvió a pasarse la lengua por los labios. Luego, asintió, como aceptando la derrota, e inició el gesto como para inclinarse a fin de dejar en el suelo el estuche sin brusquedades…, pero lo que hizo fue tomar impulso, y lanzar el estuche en dirección a la espía, dando la vuelta con el mismo impulso y echando a correr.

Brigitte esquivó con toda facilidad el estuche, apuntó serena y fríamente a la pierna derecha de Ira Stanwyck, y apretó el gatillo de la pistolita.

Plof, chascó el arma.

Unos quince pasos más allá, Stanwyck lanzó un grito, saltó, y rodó por el suelo. Pero, inmediatamente, se puso de nuevo en pie, y reanudó la fuga, tercamente, dejando tras él pequeñas salpicaduras de sangre.

—¿Está loco? —le gritó Brigitte—. ¡Vuelva aquí, cretino!

Stanwyck hizo caso omiso. Continuo corriendo, alejándose de Brigitte, desviándose de la pista para avionetas privadas. Brigitte se sentía más irritada que otra cosa. Stanwyck estaba ahora desarmado, desde luego, así que su fuga estaba justificada…, es decir, lo habría estado si hubiese tenido alguna posibilidad de realizarla, pero no era así. No sólo las balas podían correr más que él, sino que la propia Brigitte estaba capacitada para ello, después de meterle una bala en una pierna.

Y puesto que deseaba capturarlo vivo, Brigitte optó por no disparar de nuevo, al menos desde la distancia, que iba aumentando, que podía ocasionar cualquier fallo. De modo que echó a correr detrás de Ira Stanwyck, dispuesta a golpearlo con la pistola en la cabeza o dominarlo de cualquier otro modo.

Todo, menos matarlo. Lo quería vivo. Pero…

Pero no había contado con el autocar de servicio para pasajeros que en aquel momento se dirigía hacia una de las pistas; precisamente hacia la pista que, en aquel momento, cruzando el asfaltado de servicios terrestres, pretendía alcanzar Ira Stanwyck, el

cual tampoco había contado con el gran vehículo que le pareció como brotado súbitamente del suelo.

En el mismo momento en que volvía la cabeza hacia el vehículo en cuyo camino acababa de interponerse, llegaba hasta sus oídos la advertencia de la muchacha que le perseguía:

—¡Stanwyck, cuid…!

Ira Stanwyck ya no oyó nada más. Es decir, sí llegó a oír el chirriar de frenos que ahogó la voz de Brigitte, pero eso fue todo. El autocar le alcanzó con la parte delantera izquierda, en fortísimo impacto que le hundió el tórax, le aplastó la cabeza, y lo tiró como un guiñapo a unos ocho o diez metros de distancia, para detenerse acto seguido a tan sólo tres metros del reventado cuerpo, cuya cabeza parecía una brocha sangrienta.

El conductor del autocar saltó de éste, muy pálido y llevándose las manos a la cabeza. Brigitte Montfort permaneció como clavada al suelo, observando la escena, que se fue agitando por segundos, a medida que saltaban pasajeros y acudían empleados desde varios puntos del aeropuerto. Un policía uniformado la vio, se fijó en su mano derecha caída a lo largo del cuerpo, y se le acercó, cauteloso, mirando la pistolita y posando su mano derecha sobre la culata de su pistola. Se detuvo a dos pasos de Brigitte, tenso.

—Señorita, será mejor que me entregue esa pistola…

—Venga conmigo —lo miró de pronto Brigitte.

—¿Qué…?

—Que venga conmigo. Y no se preocupe, no pienso utilizar mi pistola contra usted. Venga.

—Escuche, señorita…

—Escuche usted: si me dificulta las cosas tendrá motivos para arrepentirse, se lo aseguro. No suelo amenazar a personas como usted, pero es necesario que yo me aleje de aquí. ¿Lo entiende? En cuanto a mi pistola, si eso le tranquiliza, aquí la tiene.

La hizo girar, y se la tendió con la culata por delante. El policía se apresuró a hacerse cargo del arma, aliviado, y, todavía desconcertado, se quedó mirando a Brigitte, que señaló la avioneta Ford.

—Vamos hacia allí —dijo.

* * *

El agente de la CIA que mandaba oficialmente el grupo de hombres que habían llegado al aeropuerto apenas dos minutos más tarde, subió a la avioneta, en uno de cuyos asientos esperaba Brigitte, y fue a acomodarse a su lado.

—Todo está arreglado —dijo—. Nadie la molestará ni la mencionará, Baby. Oiga, ¿no tendría un cigarrillo? Esta noche me la he pasado fumando, y se me han terminado…

La divina miró casi sonriente a su compañero de la CIA, que estaba barbudo y parecía fatigado.

Asintió, sacó cigarrillos del maletín, y le ofreció.

—Caracoles —exclamó Simón, poco después, expeliendo humo —, ¡esto ya es otra cosa!

—Sí, un cigarrillo viene bien de cuando en cuando —admitió Brigitte—… Yo siempre digo que es un vicio estúpido, y he intentado dejarlo varias veces, pero no lo consigo.

—Bueno, nadie es perfecto —bromeó Simón—… Y dejar un vicio estúpido, precisamente, es más difícil que un vicio más… serio, por decirlo así. Y ello es debido a que no creemos seriamente que el tabaco pueda perjudicarnos tanto como… Oiga: ¿qué es eso?

Simón señaló lo que Brigitte sostenía sobre el maletín presionándolo con dos dedos. Ella miró aquello. Era una pequeña cartera de piel.

—Es una cartera de piel.

—Ah, una… Oiga, eso ya lo sé, ya lo veo. ¿Qué contiene?

—Documentos de la avioneta, que he encontrado mientras ustedes ponían orden ahí fuera.

—Entiendo. Bueno, como le estaba diciendo…

—Simón, quiero que llame a la base de Nueva York, para informar de todo lo que ha ocurrido, y para que si es necesario les envíen ayuda para recoger los cadáveres de la cabaña… ¿Qué sabemos de Dunlop?

—Se lo llevaron a un hospital con toda urgencia, claro está. No sé más. ¿Quiere que me interese ahora mismo por ello?

—No… No, no —Brigitte miró su relojito—… No tengo mucho tiempo, porque quiero llegar allí todavía de día.

—¿Allí? ¿Adónde?

—Me voy con la avioneta.

—¿Con esta avioneta?

—Sí. Espero que no le sorprenda demasiado que sepa manejarla.

—No, no. Pero… ¿adónde va?

—A dar un paseo.

El agente de la CIA se quedó mirando a Baby a través del humo del cigarrillo. Por fin, asintió con un gesto, y murmuró:

—Voy a asegurarme de que tiene pista libre.

—Gracias. Ya nos veremos.

—Eso espero. —El espía movió la cabeza—… ¡Con usted nunca sabe uno a qué atenerse, ni qué va a pasar al segundo siguiente! ¿Por qué demonios no quiere decirme adónde va?

—Porque si me equivoco, prefiero equivocarme sola. Siempre será más disculpable, ¿no le parece?

—No entiendo nada, se lo advierto. Pero sí entiendo que si usted quiere hacer una cosa, la hará. Despejaré la pista.

Capítulo IX

En el aeropuerto de Billings, la más importante ciudad del estado de Montana, incluso más que Helena, la capital, Brigitte Montfort devolvió la avioneta Ford. La devolvió, ya que según los documentos encontrados en la cartera de piel, había sido alquilada allí la madrugada anterior. Con una sola escala para repostar, Brigitte había invertido algo más de seis horas en recorrer los dos mil setecientos kilómetros que separaban Billings de Bridgeport. Es decir, el mismo tiempo, aproximadamente, que debieron de invertir Graw, Dalton y Stanwyck aquella madrugada para hacer el viaje a la inversa. En el fondo, estaba admirada de la capacidad de rápida reacción del Presidente al recibir noticias por radio provenientes de Thaddeus Dunlop… No había perdido ni un segundo, no había vacilado: recibir el mensaje de Dunlop y dar órdenes había sido todo uno. Asombroso. ¿O no?

¿O simplemente, ella se estaba equivocando?

Había llegado al aeropuerto de Billings hacia las cuatro y media de la tarde. Apenas eran las cinco cuando se marchaba de allí con un coche alquilado. La distancia a recorrer ahora era apenas de veinticinco millas. Asombroso. Sí, era asombroso que él hubiese podido reaccionar con aquella rapidez, pero… ¿por qué no? Cuando un hombre puede dirigir un país, todo lo demás son minucias…

Poco después de las cinco y media abandonaba la autopista que unía Billings con Miles City. Y sólo cinco minutos más tarde, detenía el coche ante el portón del rancho. Arriba, estaba el gran cartelón de madera en el cual, grabadas a fuego, se leían estas palabras:

SAN CARLOS RANCH

Nada más.

Allí sí se notaba el fresco; casi frío, procedente de los altos picos de las Rocosas que se divisaban alrededor.

El portón estaba cerrado. Brigitte se apeó del coche, y fue a abrirlo. Entró con el vehículo, se apeó de nuevo para cerrar el portón, y volvió a colocarse ante el volante… En la distancia vio alzarse una pequeña polvareda, que se fue agrandando rápidamente. Un *jeep* se detenía poco después junto al coche alquilado por la espía internacional, y un rostro pecoso y jovial se inclinaba hacia la abierta ventanilla.

—¡Hola! ¿Se ha perdido o viene a ver a alguien aquí?

—No me he perdido —sonrió Brigitte—. Sé muy bien quién vive aquí, y vengo precisamente a verlo. ¿Puede usted guiarme hasta la casa?

—Bueno… Espero que eso no me ocasione problemas, preciosa. Las visitas no…

—A mí me recibirá, se lo aseguro.

—Me gustaría estar tan seguro de eso como usted… Pero una chica tan linda no puede decir mentirás, ¿eh?

—Sí que puedo —sonrió de nuevo Brigitte—, pero ése no es el caso ahora. No hacen falta.

—De acuerdo. Pero se lo advierto: si tengo problemas debido a sus mentiras, le arrancaré la cabellera. ¿*Okay*?

—*Okay*.

—Agárrese a la silla: ¡la cabalgada va a ser buena!

El *jeep* salió disparado, y Brigitte se lanzó en su seguimiento, apresurándose a acortar la distancia para evitar la nube de polvo que iba dejando atrás. El paisaje era hermoso, impresionante, y pronto comenzó a ver pequeños grupos de magníficos caballos pastando libremente. A su izquierda, el sol parecía una llamarada que se extendía sobre los lejanos picos de las Rocky Mountains. El aire de la marcha era tan frío ahora que decidió cerrar la ventanilla, con lo que se libró también, definitivamente, del polvo que iba alzando el *jeep* que la precedía, «montado» por el simpático vaquero pelirrojo.

La casa apareció pronto. Una casa grande, hermosa, pintada de blanco, con el tejado rojo. Estaba rodeada de árboles de hojas que parecían de fuego, separada de otros edificios destinados a cuadras

y cobertizos. La hierba que rodeaba la casa evitó el polvo en los últimos trescientos metros.

Parecía que el *jeep* aún no se había detenido cuando ya el pelirrojo había saltado, y corría hacia el coche de Brigitte, frenado apenas a dos palmos.

—Y dígame, encanto: si el patrón está en la casa… ¿a quién anuncio?

—Brigitte Montfort.

—Brigitte Montfort… Me gusta. Yo me llamo Joey McCoy.

—Joey McCoy… Me gusta.

El muchacho se echó a reír, y corrió hacia la casa. Saltó al amplísimo porche, empujó la puerta, y desapareció.

Reapareció apenas diez segundos más tarde, siempre como trotando. Llegó junto al coche de Brigitte, le abrió la portezuela, y se quitó el polvoriento sombrero.

—¿Sabe? —dijo—: me da la impresión de que el patrón me va a subir el sueldo, de tan contento que se ha puesto.

—¿Se ha puesto contento? ¿Le ha dicho usted mi nombre?

—Claro.

—¿Lo ve? Ya le dije que a mí me recibiría.

—Sin duda, preciosa… Bueno, galope hacia la casa: él la está esperando. Oh, bueno, está en el despacho… La llevaré hasta la puerta, si le parece bien.

—¡Al galope! —exclamó Brigitte.

El muchacho lanzó una carcajada, la tomó del brazo, y la llevó hacia la casa. La dejó delante de una puerta que había a la izquierda del amplio vestíbulo, y alzó el pulgar. Brigitte le contestó con el mismo gesto. Luego llamó a la puerta, y seguidamente la empujó, entrando en el amplio despacho de muebles recargados, lleno de libros y cuadros, alfombras, trofeos de caza… El hombre que estaba sentado tras la mesa, se puso en pie, y acudió a su encuentro, tendida la diestra, iluminado el rostro por una amplia y cordial sonrisa de bienvenida…

—¡Señorita Montfort! —exclamó—. ¡No puedo creerlo!

Brigitte aceptó el cálido apretón de manos, sonriendo…, pero notando un cierto dolor en las comisuras de la boca, debido a lo mucho que le costaba conseguir aquella sonrisa.

—¿Cómo está usted, señor Presidente? —se interesó.

—No demasiado bien, pero todavía aguanto… Y ya no soy Presidente, espero que se haya enterado de eso.

Pretendía ser una broma, de modo que Brigitte tuvo que sonreír de nuevo. ¡Qué esfuerzo le costaba hacerlo…!

—Claro que me enteré, pero…

—Son tiempos pasados… Ahora soy simplemente el señor Saxon. Fred, o Freddy, para los amigos. ¿De qué lado está usted?

Brigitte *Baby* Montfort se quedó mirando al hombre: alto, delgado, de rostro demacrado, cabellos grises, ojos apagados. Parecía cansado. Pero no por el esfuerzo, por la fatiga del día… Era un cansancio antiguo, un cansancio viejo. Frederick Saxon, Presidente de los Estados Unidos de América, reelecto…, y luego dimitido ignominiosamente como consecuencia del escandaloso caso del Riverside Hotel, ocurrido algunos años atrás… Desde entonces, Frederick Saxon apenas se había movido de su San Carlos Ranch.

—Bueno —contestó la divina a la pregunta—, yo no estuve nunca contra usted, señor.

—Pero tampoco a favor —musitó Saxon.

—La verdad es que aquel asunto no entraba en mi… especialidad.

—¿El espionaje no es su especialidad… señorita Montfort?

—El espionaje, sí.

Parecía que Saxon esperaba algo más, pero ella no quería decir nada más. De pronto, Saxon sonrió, la tomó del brazo, y la llevó hacia el sofá. Se sentó a su lado, y se quedó mirándola, como si estuviese descubriéndola poco a poco. Acabó por sonreír.

—Siempre me pareció usted una chica maravillosa —suspiró—… ¡Siempre! Y no haga caso de lo que he dicho antes: no tenía derecho a esperar su intervención en mi ayuda. Supongo que, en cambio, debo agradecerle que no aceptase ser utilizada contra mí.

—Ni siquiera me lo propusieron, señor.

—Claro… No la necesitaban a usted para hundirme, desde luego. Ya me había hundido yo solo, ¿no le parece?

—Le aseguro que no me interesé a fondo, a nivel de espía, por el Caso Riverside.

—¿Habría aceptado unirse a ellos contra mí, si se lo hubieran propuesto?

—No.

—¡Lo sabía…! ¡Lo sabía, estaba seguro! En realidad, nosotros dos siempre nos entendimos muy, muy bien, mientras yo estuve en la Casa Blanca. ¿No es cierto?

—La verdad es que sí.

—Incluso, como usted bien recordará, una vez salvé la vida gracias a la agente Baby. De no haber sido por usted, mi avión habría sido derribado… ¿Lo recuerda?

—Por supuesto, señor.

—Sí… Claro que lo recuerda. Siempre tuvo usted una memoria envidiable. ¿Recuerda que hablamos sobre eso una de las veces que la invité particularmente a la Casa Blanca? Mi memoria, tengo que admitirlo, jamás fue muy buena, y, charlando sobre el tema, usted nos dio la gran sorpresa a mí y a mi familia cuando… hizo… aquella prueba…

La voz de Saxon pareció diluirse, perderse, desaparecer lentamente, y el hombre se quedó mirando el vacío, absorto, como pasmado. Brigitte se pasó la lengua por los labios, y desvió la mirada. Para nadie era un secreto que la hija y la esposa del expresidente Saxon habían fallecido casi un año atrás, en un accidente aéreo. ¡Qué triste era todo, qué sombrío, qué trágico…!

—Sí, la prueba aquella —pareció volver Saxon de un viaje privadísimo con la mente—… ¿De qué estábamos hablando?

—De la memoria —musitó Brigitte.

—Ah, sí, la memoria. ¿Ve? —Se echó a reír—. ¡La mía es tan mala que ni siquiera recuerdo lo que hablo en el momento actual! ¡Espero que la de usted siga siendo excelente, querida!

—Sí señor… Excelente.

—Excelente… Me alegro mucho. Y me alegro mucho de que todavía siga con vida…, lo que no deja de ser un milagro. No crea que no me intereso por usted… Cada vez que leo alguno de sus artículos, me digo: menos mal, Baby sigue con vida… ¿O quizás ha dejado usted ya el espionaje?

—No. No señor.

—Siempre en la brecha… Admirable. Estados Unidos le debe mucho a usted, amiga mía… ¡Mucho! Oh, y mucha más gente, ajena a Estados Unidos, claro. Recuerdo que en alguna ocasión tuvo usted enfrentamientos con mi CIA, y que yo me molesté un poco con

usted… Sólo un poco, de veras. Pero éramos buenos amigos… ¿Verdad?

—Sí señor.

—Sí… Lo éramos. En el fondo, lo éramos. Y ahora, con la perspectiva del tiempo, comprendo bien las razones que la impulsaban a usted a comportarse como lo hacía, siempre con aquella firmeza de carácter, con aquella integridad moral, con aquella intransigencia que yo llamaba «dureza militar»…

—No sabía eso —consiguió sonreír Brigitte.

—Bueno, no se lo tome a mal… Son cosas mías. ¿Le gustaría tomar una copa de vino español?

—Me encantaría, señor.

—¡No me llame más «señor», por favor! Fred, solamente. ¿O ya no somos amigos?

—No puedo dudar ni un instante de su gran amistad hacia mí…, Fred.

—Bueno —Saxon movió la cabeza—…, uno tiene recuerdos malos y recuerdos buenos… Usted es de los buenos. Creo que un hombre tiene que ser fiel a sus recuerdos buenos; no importa lo que pase, hay que conservar esa fidelidad, porque si no es así, si uno no se aferra a las cosas buenas que tuvo, no queda nada en él. Es como… como…

—Como si un niño guardase hasta la madurez su juguete preferido, por roto que esté —sugirió Brigitte.

—¡Sí! ¡Eso, es! Oh, el vino… Tengo uno tinto que es especial de verdad. ¡Seguro que le gustará! ¿Lo prefiere en copa oscura o en copa transparente?

—Los buenos vinos tienen un hermoso color… Creo que me gustará verlo en una copa transparente.

—Sí… Es cierto. Usted siempre tuvo muy buen gusto para todo. Supongo que por eso no se ha casado nunca. Sin embargo… ¿Cómo se llama…?

—Clark Coleman, señor; Número Uno.

—Sí, sí… Ése es el hombre. ¿Todavía sigue viéndose con él?

—Menos de lo que deseo. Pero quizá va llegando el momento de dedicarle mucho más tiempo. Cuando termine este asunto iré a visitarlo. Sí… Eso haré.

Frederick Saxon asintió, como muy convencido, y se puso en pie.

Se acercó al recargado aparador, y se dedicó a servir vino en dos copas. Solamente se oía el gorgotear del vino, y algún que otro tintineo de cristal. Puso las dos copas en una bandeja, se acercó al sofá, y la dejó sobre la cercana mesita, que desplazó cuidadosamente. Volvió a sentarse junto a Brigitte, tomó una copa y se la tendió, y luego alzó la otra.

—Por los buenos recuerdos —brindó.

—Señor Presidente… Fred…

—Sí, ya sé: su asunto. Pero brindemos antes.

Brigitte bebió un sorbo de vino. Era bueno; espeso, denso, fuerte, completo. Saxon la miraba con expresión regocijada por encima de su copa.

—¿Eh? ¿Qué tal?

—Excelente, señor.

—Sí… Es un buen vino. —Saxon apuró la copa de un trago, chascó la lengua, y se quedó mirando a la espía más implacable del mundo—… Bueno…, ¿qué piensa usted hacer, querida?

—No lo sé, señor… ¡No lo sé!

—Naturalmente, como es costumbre en usted, ha venido sola.

—Así es.

—Y nadie sabe que ha venido aquí.

—Nadie.

Saxon movió la cabeza.

—La admiro… ¡La admiro profundamente! Pero esta admiración no es cosa nueva, claro… ¿Qué ha pasado por la Costa Este?

—Graw, Stanwyck y Dalton han muerto, sin decir nada. Pero antes de morir eliminaron a Dunlop, Sandburg y Glackens.

—Lo consiguieron, entonces.

—Sí señor. De este modo, ninguno de ellos, al igual que Wayne Butz, jamás podrán decir a nadie que cuando hablaban del Presidente de los Estados Unidos no se referían al señor Carter, sino a usted. Lo que significa que, para la CIA, todo este asunto sigue siendo obra del señor Carter.

—Pero no para usted.

—Estoy aquí, ¿no es cierto?

—Sí… Está aquí. ¿Cómo lo supo?

—Cuando encontré en la avioneta la documentación que indicaba que había sido alquilada en el aeropuerto de Billings. La

Casa Blanca no está cerca de Billings, precisamente. En cambio, el San Carlos Ranch está a menos de media hora.

—No se le escapa a usted nada, ¿eh?

—Creo… creo que hubiese preferido equivocarme, señor.

—¡No diga tonterías! ¿Cómo se le ocurrió a usted sospechar realmente de Carter? ¡No es más que un payaso! Es un cretino todo dentadura, un maldito gusano vendedor de cacahuetes… ¡Un vendedor de cacahuetes metido a Presidente de Estados Unidos! ¡La de mierda que habrá tenido que tragar para que lo pongan ahí!

—Señor Presidente…

—Brigitte: ya no soy Presidente.

—Está bien… Fred, ¿por qué lo ha hecho? ¿POR QUÉ?

—¿Por qué? Sí, es una pregunta precisa y adecuada… ¿Por qué? Se lo voy a decir. Lo he hecho porque he querido demostrar que si yo hice algo sucio, no fui el único, ni antes, ni mucho antes, ni en el más lejano futuro que podamos imaginar. ¿Qué cree usted que pasó conmigo? ¿Cree que fui el único que jugó sucio?

—Ya le he dicho que no me interesé a fondo por…

—¡Pues debió hacerlo! ¡Y entonces habría descubierto, usted mejor que nadie, que no fui el único! ¡Fuimos *todos*! Y cuando digo todos, digo TODOS. Pero ¿quién pagó la vajilla rota? ¡Nada menos que el señor Presidente! ¡Yo! Fui sacrificado brutalmente para que otros pudiesen permanecer en sus puestos privilegiados, moviendo las marionetas desde las sombras… ¡Decidieron sacrificarme *a mí*! Está bien, yo no podía hacer nada, tuve que aceptar. ¡Pero ahora…!

—¿Por qué ahora? ¿Por qué después de todos estos años de silencio saca usted a relucir las suciedades antiguas?

—Ya no tengo nada que perder. Estoy solo en una vida que no vale nada, Brigitte… Me he quedado solo. Antes… cuando tenía a mi mujer y a mi hija, tenía… tenía miedo de ellos… Por eso, toda la información, todos los documentos que me llevé subrepticiamente, la he mantenido oculta. Temía que mi hija y mi mujer fuesen… molestadas, usted ya entiende. Pero ahora sólo quedo yo… No tengo nada que valga la pena, sólo un archivo con el que puedo aplastar a tantas personas que provocaré el pánico… Lo he estado pensando muy bien, desde que ellas murieron. Ah, ya estaba solo… ¡Era la hora de mi venganza! ¡Todos los que me sacrificaron, y los que hay ahora, van a saber quién soy yo…! ¡Y ese dentudo

vendedor de cacahuetes…! He sabido esperar, me he movido despacio pero seguro, he ido reclutando a gente que fueron de mi máxima confianza… ¡Todos se han puesto de mi lado…!

—A cambio de eso, usted los ha ido eliminando…, señor.

—¿Qué? Ah, sí… No crea que no lo he sentido. Pero esta vez, no… ¡Esta vez les tocaba a otros ser sacrificados, yo tenía que seguir adelante! ¡Voy a demostrar que no fui el único Presidente o político corrompido! Y cuando lo haya dicho todo al país, cuando haya publicado todo lo que sé desde hace años, y lo que he ido sabiendo últimamente…, ¿quién sabe?: ¡quizás hasta vuelvan a elegirme!

—¿Como Presidente de Estados Unidos? —Le miraba incrédulamente Brigitte.

—¿Por qué no? ¡No me dirá que mis sucesores lo han hecho mejor que yo! ¡Aquel torpe saco de músculos…! Y este bobo, este… este vendedor de cacahuetes con los dientes más grandes que la cara… ¡Me entran ganas de vomitar cada vez que lo veo en la televisión! Le repetiré la pregunta de antes, Brigitte: ¿de qué lado está usted?

—Del lado de siempre, señor: del lado del pueblo.

—¿De quién?

—De la gente, señor.

—Ah… ¡Entiendo! Pero una persona de su categoría no puede hablar así, querida. ¡Y tampoco una espía de su talla! ¿Sabe lo que pensé en un principio? ¡Vender toda la información que poseo, todo mi archivo, a los rusos! O quizás a los chinos, que a fin de cuentas me trataron bien… ¿Qué le parece?

Brigitte estaba lívida.

—Supongo que no está usted hablando en serio, señor.

—¿Por qué no? ¿Acaso tengo que agradecer algo a alguien? ¿Le debo algo a alguien: cariño, fidelidad, apoyo, consuelo…? ¡Nadie me proporcionó nada de esto cuando lo necesitaba! Y ahora… ¡ahora soy yo quien no necesito nada de nadie!

—¿Ni siquiera de mí, señor?

—¿De usted? Jamás pensé en involucrarla en esto. Mejor dicho, se me ocurrió que con usted de mi lado las cosas habrían funcionado magníficamente, pero sabía que jamás habría aceptado. ¿Me equivoqué?

—No señor. Tengo unas ideas muy claras sobre lo que tengo que aceptar o rechazar. Lo que no sé es qué puedo hacer ahora, en esta situación.

—¡Cómo! ¿No ha venido a matarme?

—¡Claro que no! —Palideció de nuevo Brigitte.

—Entonces ¿qué es lo que quiere? ¿A qué ha venido?

—Ante todo, tenía que convencerme de que mis sospechas podían ser ciertas. Y ahora que ya me he convencido, supongo que podremos… encontrar una solución.

—¿Una solución? ¿Para quién?

—Evidentemente, para usted, señor. El daño que usted ha causado últimamente, ya no tiene remedio; pero podemos buscar el modo de que no siga haciéndolo…, y de que no lo reciba. Me duele decir las cosas así, señor, pero usted… es ahora un criminal que ha utilizado criminales como Stanwyck, Dalton, Graw… Y ni siquiera le encuentro la atenuante de una relativa locura: está usted tan cuerdo y lúcido como yo misma, señor.

—¡Naturalmente que estoy cuerdo! ¿Cree que todo esto podía organizarlo y dirigirlo un loco?

—Supongo que no.

—¡Claro que no! En cuanto a soluciones…, ¿qué se le ocurre?

—Básicamente, como es natural, usted debería entregarse…

—¡Vamos, Brigitte, no diga tonterías!

—Pero, señor, debemos…

Brigitte calló de pronto, y escuchó. Sólo dos segundos más tarde que ella, Saxon oyó también la llegada de varios automóviles. No uno o dos, sino varios, quizá cinco o seis. Se quedaron mirándose los dos, al parecer tan desconcertado uno como otra… Afuera se oyeron los frenazos, las voces, los golpes de algunas portezuelas. Frederick Saxon dejó de mirar a Brigitte, corrió hacia la ventana de la derecha, y descorrió un palmo la cortina. Echó una mirada al exterior, y acto seguido se volvió hacia Brigitte, llameantes los ojos.

—Me ha mentido —jadeó—… ¡*Usted* me ha mentido, Brigitte! ¡Ahí están! Oh, los conozco bien… ¡Los conozco mejor que sus madres! Ahí los tiene, ahí tiene a quince o veinte de sus Simones, que están rodeando la casa… ¡Me ha mentido!

Brigitte se puso en pie, y se acercó a mirar por la ventana. Afuera, en efecto, una gran cantidad de hombres se estaban

distribuyendo. No conocía a ninguno de ellos, pero tenía que pensar lo mismo que Saxon: solamente la CIA estaba lo mínimamente enterada de todo aquel asunto para intervenir; sobre todo, de modo tan radical… Quizá se habían enterado de que ella estaba allí, y acudían en su ayuda, o simplemente a detener a Saxon. Pero… ¿cómo se habían enterado?

Como fuese, allí estaban; dos de los recién llegados estaban conversando con el muchacho pelirrojo, que estaba demudado y señalaba hacia la casa haciendo gestos afirmativos. Vio a los dos hombres mirando con preocupación hacia la casa, y se retiró vivamente de la ventana, para no ser vista. Saxon ya no estaba junto a ella, de modo que lo buscó con la mirada, mientras empezaba a decir:

—No sé cómo se habrán…

Eso fue todo.

Se quedó mirando a Saxon, que estaba de pie tras su mesa escritorio, empuñando una automática, con la que la apuntaba, echando fuego por los ojos. Brigitte palideció otra vez.

—No se lo dije a nadie —susurró—. Quiero que esté bien seguro de eso antes de apretar el gatillo, señor.

—¿No me miente? ¿No miente por miedo a morir?

Brigitte Montfort alzó la barbilla, y un destello como feroz pasó por sus límpidos ojos azul cielo.

—No estoy mintiendo.

—Pero desea seguir viviendo, ¿no es cierto?

—Por supuesto.

—Pues yo no —aseguró Frederick Saxon.

Abrió la boca, se metió dentro el extremo del cañón de la pistola, y apretó el gatillo.

* * *

Solamente un cuarto de hora más tarde, cuando ya estaba en camino una ambulancia desde Billings, para recoger el cadáver de Saxon, recordó la agente Baby que había una pregunta pendiente, y llamó al hombre que dirigía el grupo de agentes de la CIA que tan impensadamente habían aparecido en el San Carlos Ranch.

—Simón… ¿cómo supieron que era él quien lo había tramado

todo?

—Nos avisaron, desde la base de Nueva York a Billings, y nos recomendaron muy especialmente que tuviésemos mucho cuidado, pues sospechaban que usted podía estar ya aquí, conclusión a la que llegó el jefe del Sector New York sumando datos… Bueno, parece que antes de morir, Thaddeus Dunlop pudo decir a qué Presidente se habían estado refiriendo.

—Entiendo —murmuró la espía. Entendía. Pero eso no la consolaba de nada.

Este es el final

—Una vez más, Baby, tenemos motivos para alegrarnos de haberle dejado… dirigir la orquesta a su modo —dijo el portavoz del Consejo de la CIA, nuevamente reunido en la quinta solitaria—… No habría sido precisamente un éxito de la CIA ir directamente a por el Presidente Carter.

Brigitte *Baby* Montfort asintió, con gesto indiferente.

—¿Algo más? —preguntó.

—No… No. ¿Tiene usted prisa?

—Así es. Voy a tomarme unos días de vacaciones… con su permiso.

—Nunca nos ha pedido permiso para…

—Pura cortesía. Yo soy cortés y educada.

Uno de los consejeros enrojeció, y bajó la mirada. Hubo unos segundos de silencio.

—¿Estará fuera mucho tiempo?

—No lo he decidido.

—Bien… Ocurre que si la necesitásemos…

—¿A quién? ¿A mí? ¿A una espía?

—No tiene por qué ser tan rencorosa —farfulló el desafortunado charlatán de la reunión anterior—. Todos decimos a veces cosas de las que luego nos arrepentimos.

—Es posible. Y a propósito de eso: acabamos de quemar en privado y sin haberlo examinado, el archivo que finalmente encontramos en el escondite de Saxon…

—Eso es lo que usted exigió, ¿no es cierto?

—Es cierto y exacto. Sólo por eso he asistido a la reunión esta vez…, y para decirles que no sería un buen negocio para ustedes engañarme. Lo digo porque quizás algún «inteligente» haya pensado obtener más adelante algún provecho de algún documento… Espero que no sea así, porque si todos empezamos a sacar a la luz

documentos e informes comprometedores, yo también sacaré mi archivo, mis… memorias.

—¿Qué dice? —jadeó el portavoz—. ¿Tiene usted escritas…? ¡Usted no puede hacer eso!

Brigitte se dirigió a la doble puerta de roble, la abrió y se volvió, sonriendo secamente.

—Espero, caballeros, que algún día se convenzan definitivamente de que no hay NADA que yo NO pueda hacer. Y ahora, discúlpenme, pero tengo que tomar un avión…

FIN